

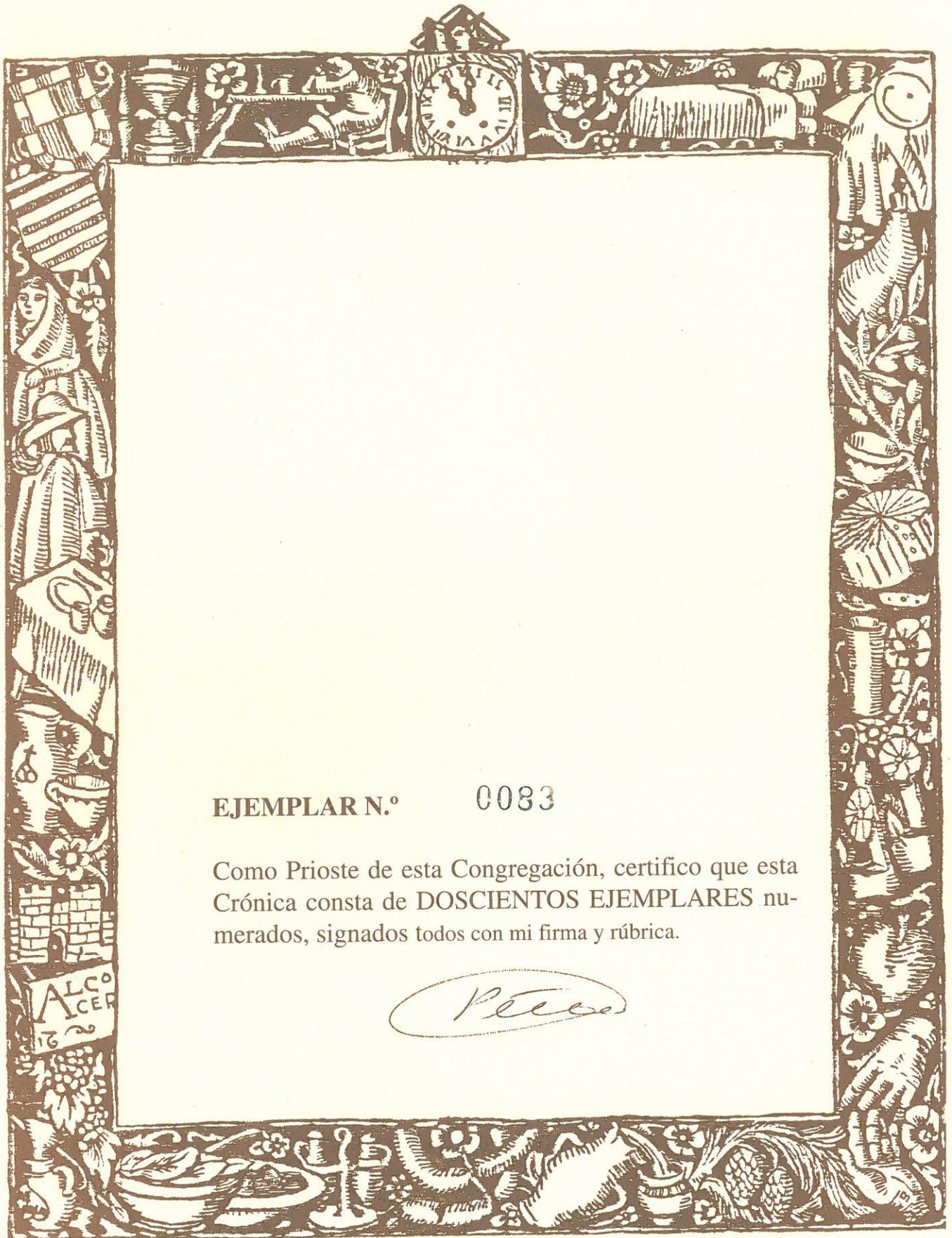
CRÓNICA DE LA "CENA JOCOSA"

2005



Kayser

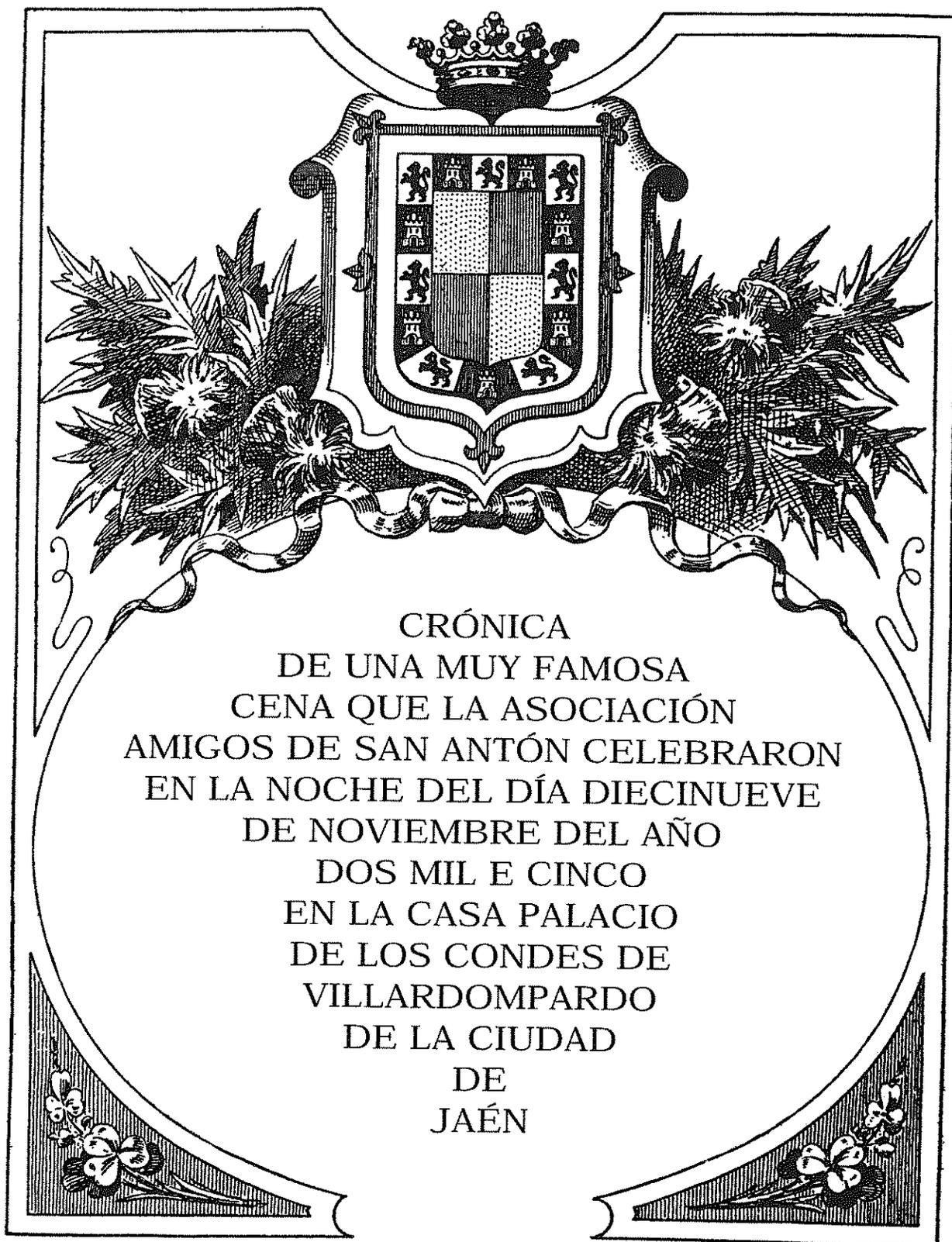
AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN



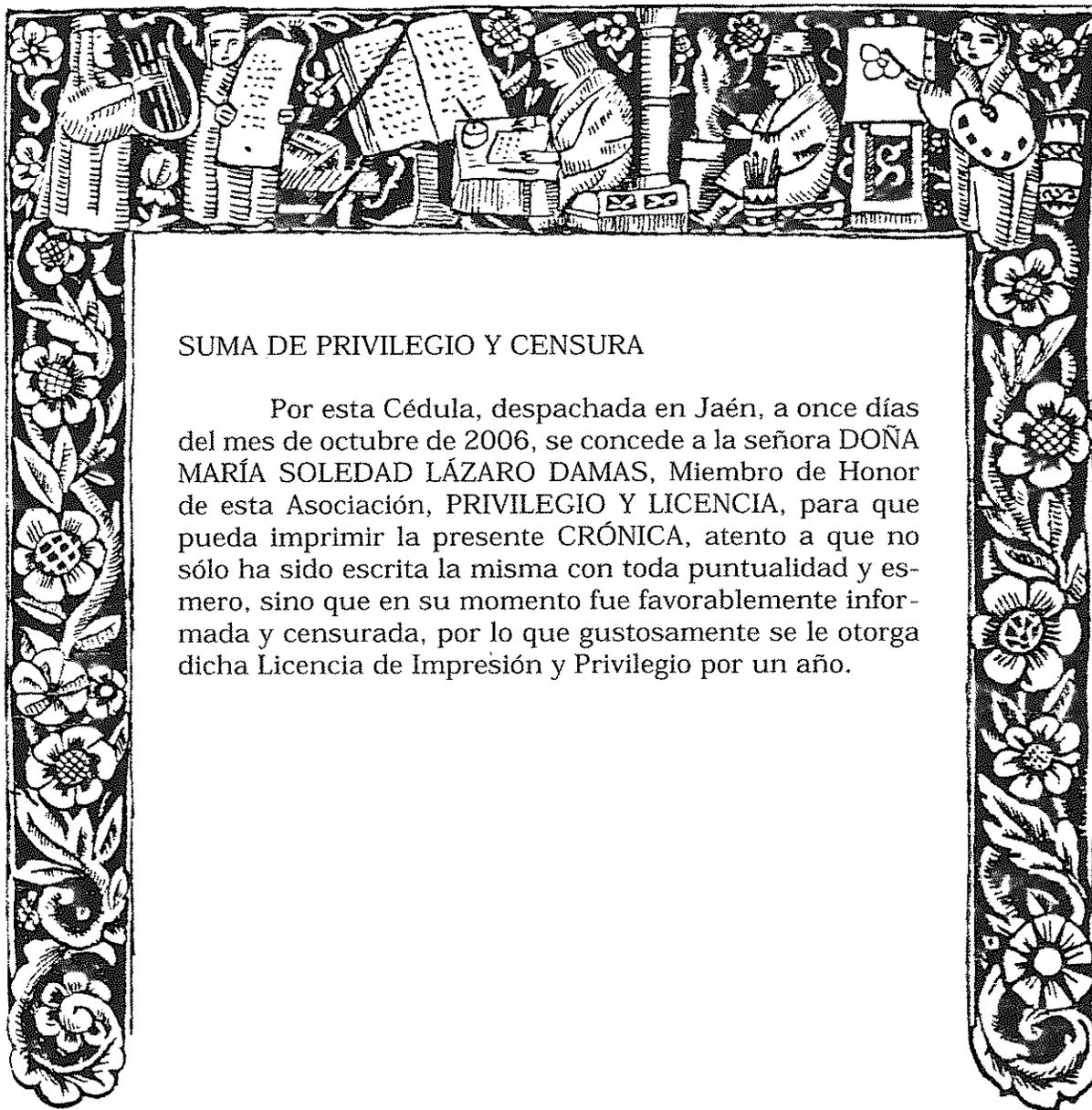
EJEMPLAR N.º 0083

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de DOSCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Pérez



CRÓNICA
DE UNA MUY FAMOSA
CENA QUE LA ASOCIACIÓN
AMIGOS DE SAN ANTÓN CELEBRARON
EN LA NOCHE DEL DÍA DIECINUEVE
DE NOVIEMBRE DEL AÑO
DOS MIL E CINCO
EN LA CASA PALACIO
DE LOS CONDES DE
VILLARDOMPARDO
DE LA CIUDAD
DE
JAÉN

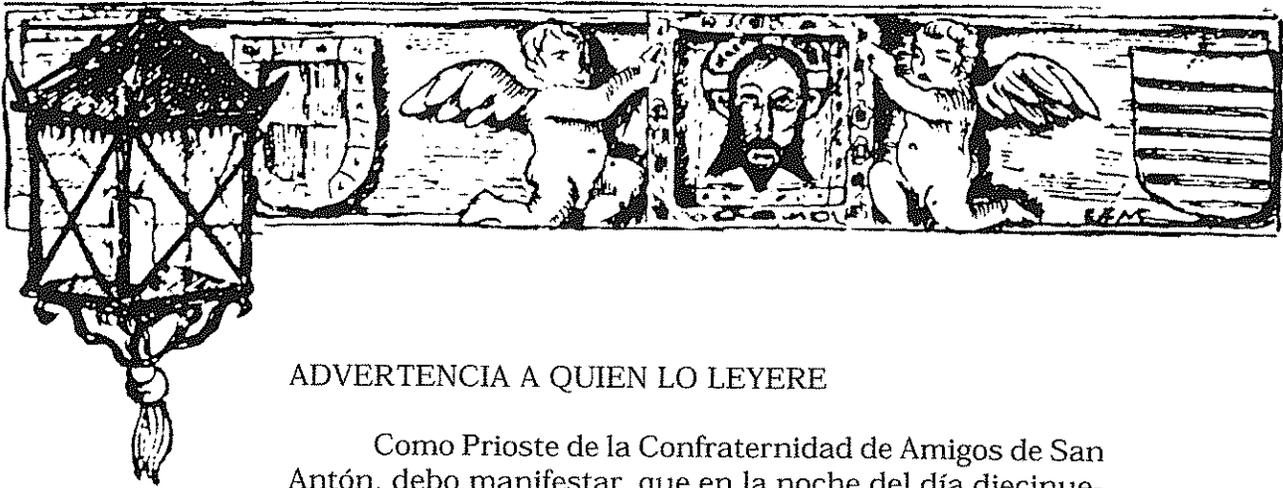


SUMA DE PRIVILEGIO Y CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a once días del mes de octubre de 2006, se concede a la señora DOÑA MARÍA SOLEDAD LÁZARO DAMAS, Miembro de Honor de esta Asociación, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga dicha Licencia de Impresión y Privilegio por un año.

SUMA DE TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales de vellón por página, lo que hace.....reales por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día 22 de octubre del año 2006.



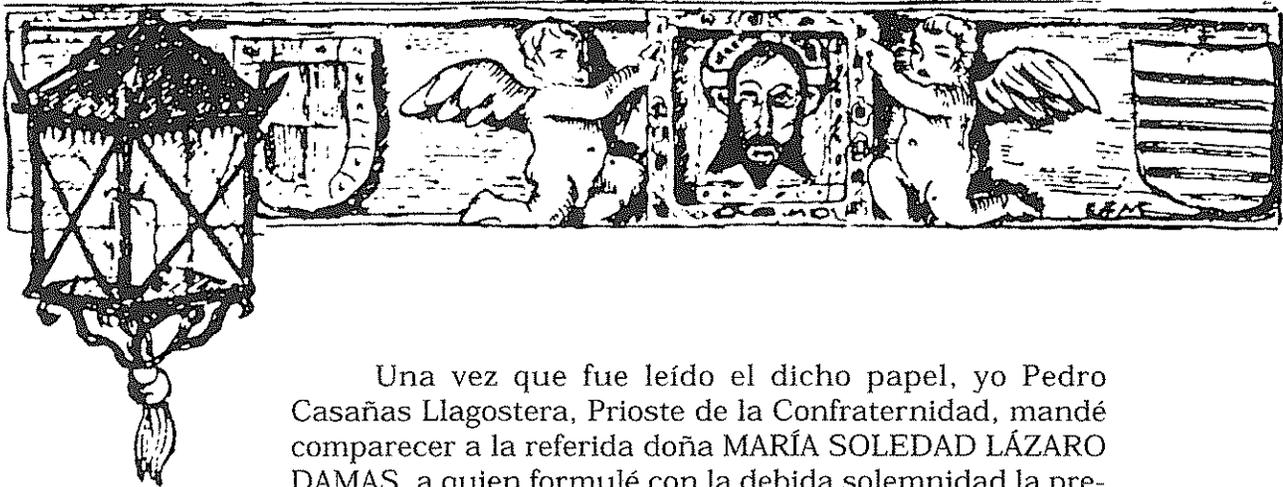
ADVERTENCIA A QUIEN LO LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día diecinueve de noviembre del año dos mil cinco, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor, en estancias nobles de la Casa Palacio de los Condes de Villardompardo, de la ciudad de Jaén, leí cierto papel cuyo contenido era del tenor siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día once de octubre del año 2005, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otras disposiciones y acuerdos se adoptó el siguiente:

«Vistas y examinadas cuidadosamente las circunstancias que concurren en la muy honorable señora doña MARÍA SOLEDAD LÁZARO DAMAS, Miembro de Honor de la Asociación, con sentimiento unánime se conviene en que se le comunique el deseo de que sea la Cronista o Relatora del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocososa o de Santa Catalina del año 2005, que habrá de tener lugar en la noche del día diecinueve de noviembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica, fiel reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, a fin de que por la misma se deje constancia fidedigna a la posteridad».

Dado en Jaén a 11 de octubre de 2005.



Una vez que fue leído el dicho papel, yo Pedro Casañas Llagostera, Prioste de la Confraternidad, mandé comparecer a la referida doña MARÍA SOLEDAD LÁZARO DAMAS, a quien formulé con la debida solemnidad la pregunta de rigor:

— Muy honorable señora doña MARÍA SOLEDAD LÁZARO DAMAS, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida Crónica de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis durante el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina del año 2005?

A lo que atentamente respondió la referida doña MARÍA SOLEDAD LÁZARO DAMAS:

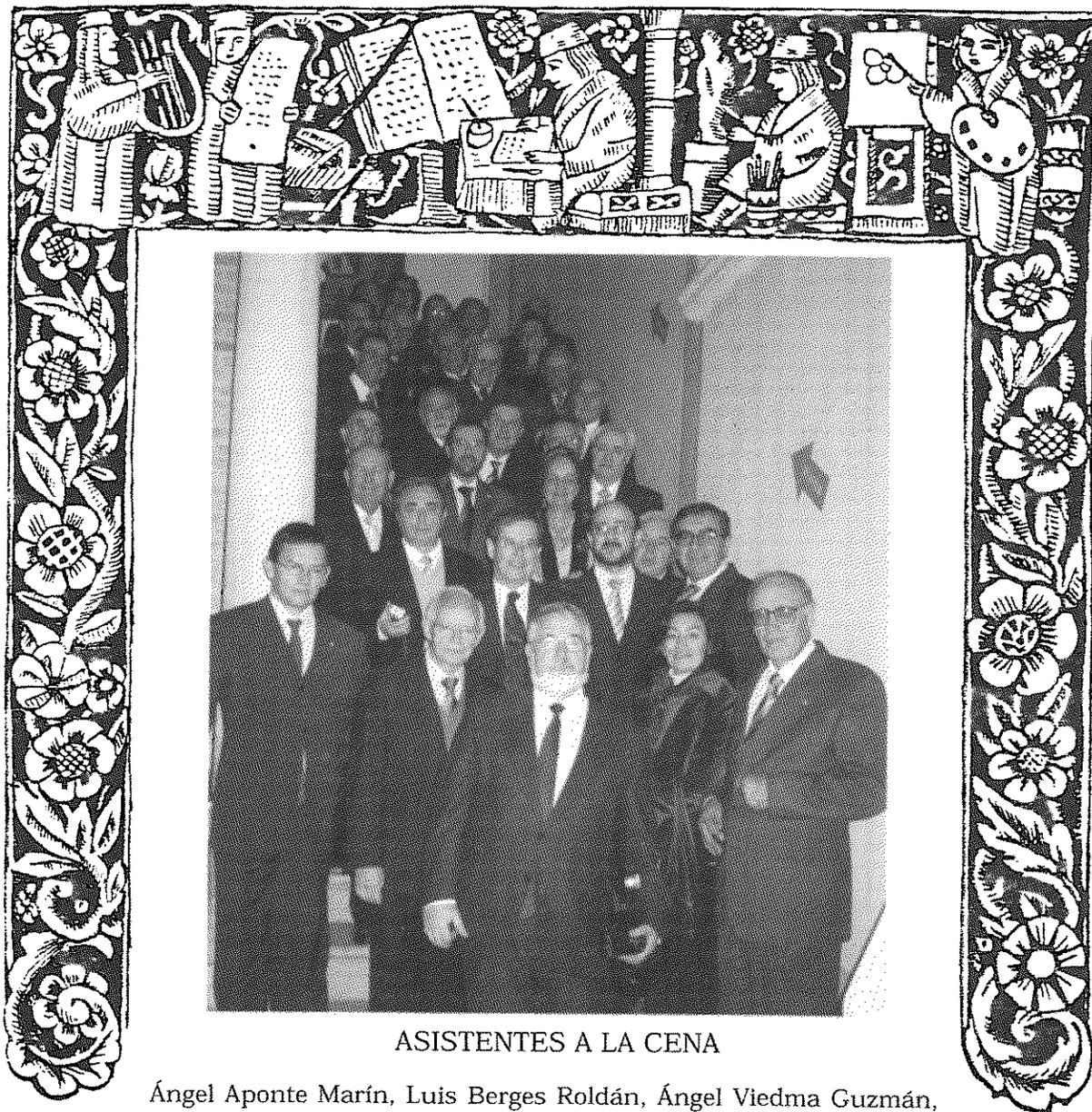
— Sí, lo soy.

A lo que yo como Prioste manifestele:

— Complacidos agradecemos esta aceptación, encareciéndoos y exhortándoos a que sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo, entregándoos para ello el correspondiente Recado de Escribir.

Aceptó la dicha doña MARÍA SOLEDAD LÁZARO DAMAS, el Recado de Escribir del mejor grado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo, el dicho Prioste, pongo aquí testimonio de ello para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA

Ángel Aponte Marín, Luis Berges Roldán, Ángel Viedma Guzmán, María Soledad Lázaro Damas, Luis Coronas Tejada, Juan Espinilla Lavín, José García García, Juan Antonio López Cordero, Vicente Oya Rodríguez, José Rodríguez Molina, Francisco Cano Ramiro, Juan Cuevas Mata, María José Sánchez Lozano, Antonio Martos García, Miguel Calvo Morillo, Alfonso Parras Vilchez, Arturo Vargas-Machuca Caballero, Antonio Casañas Llagostera, Julio Puga Romero, Manuel López Pérez, José Casañas Llagostera, Rufino Almansa Tallante, Manuel Kayser Zapata, María Isabel Sancho Rodríguez, Pedro Alejandro Ruiz Ortiz, José María Pardo Crespo, Pedro Jiménez Cavallé, Rosa Morales Ocaña, Pedro Cruz Casado, Pilar Sicilia de Miguel, Pedro Casañas Llagostera, Fernando Lorite García.

**Crónica
de la Cena Jocosa o de
Santa Catalina del
año 2005**

A modo de preámbulo

No pensé yo aquel día brumoso y algo plomizo de otoño, en el que Pedro Casañas vino a visitarme a Baza y me sorprendió gratamente con la invitación de los Amigos de San Antón a ser una más entre ellos que, a esa condición honorífica, se uniera tan pronto la de ser relatora de la cena jocosa del año 2005. Y he aquí que un día sonó el teléfono y, tras descolgar, la siempre amable voz de nuestro Prioste, cercana por aquello de la maravilla y adelantos de la técnica, me pedía desde la distancia real de los kilómetros o de las leguas, como se diría en otros tiempos, que ejerciese como cronista.

Debo confesar que a la sorpresa inicial se unió una especie de risa muy pava. Porque ¡claro está! No me veía yo en aquellas lides. Una cosa es degustar, paladear, conversar y cenar en amigable compañía y otra mantener la mirada y el oído atentos a todas las anécdotas, disquisiciones, y demás aconteceres propios de una ocasión como la que se avecinaba. Después de algunas protestas por mi parte pensé que, por unas horas, mi rutina, aficiones y trabajo habitual, serían sustituidas por una especie de ocupación semejante a la de aquellos escribanos cuyas palabras y escritura me han acompañado durante muchas horas a lo largo de los años. Y seguí pensando y divagando ¿porqué no? Y dije que sí. Y me arrepentí casi al instante porque eso de ser cronista de la realidad me pareció muy difícil.

Mas he aquí que, por aquellos días, yo preparaba una disertación sobre nuestro ilustre paisano –yo creo que podemos llamarlo así– Andrés de Vandelvira y desde las fotografías de aquellas nobles piedras que él ordenó, otros colocaron, y los atraídos por su belleza y elegancia estudiamos, pareció emerger una invitación a soslayar esa falta de confianza en mis posibilidades como cronista. Y aquí estoy y aquí comienza la Crónica de la Cena Jocosa del año 2005.



Y llegó la misiva

Los días de otoño son días especiales en el transcurso del año. Su luz es especial; el sol describe volúmenes suavemente, matiza las sombras, embellece las copas de los árboles con un color breve y especialmente sugerente para la retina. El preámbulo del invierno es semejante a la mano de un pintor que se recrea en la ejecución de una obra pronta a terminarse pero a través de la cual aún quedan muchas cosas por transmitir, muchas calidades que acentuar. A la luminosidad se une esa especie de indolencia que proporciona aún la buena temperatura, esa cálida sensación de bienestar que induce a pasear y a contemplar la naturaleza, a escuchar el suave rumor del viento y a deleitarse en la contemplación de los cambiantes tonos pardos, marrones, rojizos y ocres de las hojas de los árboles. Creo que aquel sábado de octubre, cuando llegó el sobre lacrado, tan característico de las invitaciones a la Cena Jocosa, el día era así.

No me duró mucho tiempo en las manos porque mi hija, con su sana curiosidad infantil, lo cogió con cierto apresuramiento e intrigada con el sugestivo tono rojo del lacre y con los caracteres cúficos del sello, por otro lado tan extraño para ella. Y así fue como mi hija y mi hijo aprendieron aquel día cómo era la correspondencia en otros tiempos y se instruyeron en las posibilidades cambiantes de la escritura y en lo atractivo que puede resultar un trazo, una línea... y ¡como no! en lo extraño y rebuscado del lenguaje empleado por el Criado Portugués para convocar a su madre a una cena. También los caracteres de la caligrafía árabe presentes en el sello impreso en el lacre suscitaron alguna pregunta.

Pero he dicho antes que su curiosidad era infantil y pronto encontró una cuestión más atractiva en la que detener su atención, más allá del color crema del sobre, del trazo lleno y elegante, y de la textura del sello otrora compacto y ahora roto. Y preguntó:

— *¿y dónde cenarás?*

Y la pregunta me sirvió para evocar con la memoria y con la palabra aquel caserón que conocí en mi infancia, con sus piedras enve-

jecidas por el paso del tiempo, por la suciedad, por el polvo, por la problemática polución ambiental mucho más cercana. Aquel edificio compacto y cerrado por una verja cuya fachada no contestaba a mis preguntas de adolescente más allá de la brevedad de su placa. Aquel edificio que, de pronto un día, comenzó a perfilarse sin nombre entre algunos de los papeles viejos que yo consultaba entre los muchos legajos de los archivos. Era el antiguo palacio de los condes de Villardompardo. Un inmueble que reunía el pasado y el presente a través de sus dependencias y mediante las funciones que había desarrollado en otros tiempos y los que ahora asume.

No se si mis hijos entendieron esa omnipresencia del viejo palacio en la vida de Jaén, tal y como yo intenté transmitirles. A decir verdad, creo que no. Pero como ellos son bastetanos, nacidos en la ciudad de la *Dama*, comprendieron el significado de mis palabras cuando les señalé otra casa solariega, el palacio mudéjar de los Enríquez. Y así fue como aquel día de octubre, en el atractivo entorno de Carrera de Palacio, en la alameda bastetana, ante las casas principales de Enrique Enríquez, tío del rey Fernando el Católico, y de su esposa María de Luna, nieta del famoso condestable de Castilla del mismo nombre, mientras Alicia y Pablo jugaban y saltaban en el parque, y mi esposo los observaba cerca de mi, pude leer la amable invitación de Don Lope que decía:

Un año más, hízome encomendamiento mi señor Don Lope, de lo oportuno e acomodado que sería recordar a V. M. el averinamiento de los fastos que en esta ciudad celebran en loor de la Patrona Santa Catalina, tiempo por el cual los Amigos de Señor San Antón, facen gala e memoria de aquella «Otra Cena», de la que en verdad he de señalar que el dicho mi señor fue tan principal e provecto comensal.

Por ende, fágolo saber, que el tan famoso acontecer, ha de tener acomodo e asentamiento en aqueste año de dos mil e cinco, en la noche del sábado, día diecinueve de Noviembre que vendrá, en estancias nobles e principales, del Palacio de los señores Condes de Willardompardo, desta ciudad, debiendose ello a gentil e generosa dejación que para el caso ha tenido a bien facer, el muy ilustre Diputado Provincial de Cultura de la Excm. Diputación, don Marcelino Sánchez Ruiz, a quien deber de honor es mostrar gratitud e reconocimiento por aqueste señalado e loable gesto.

E yo, por la dicha razón, a vos lo notifico, para que vengais e parezcáis en el ya dicho día e hora pasada que sea el toque de ánimas (8,30 de la tarde), e que non fagades falta e incumplimiento, pues enojo e desabrimiento grande causaría a mi señor, que tan grande celo e afán apresta en cada un año para ello.

Haga pues V. M. prevención en sus quehaceres para non ser falto, e bueno sería disponga de ciertas privaciones ante diem, para desta guisa, poder dar cumplida cuenta del pábulo e sustento que, sollastres e marmitones proveen para este tan particular acontecer.

Es carta de aviso e recordación que entrego a V. M. pasadas que son las fiestas del señor San Lucas, deste año de gracia que cuenta dos mil e cinco del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo.

El Criado Portugués.

Y TAMBIÉN LLEGÓ EL DÍA

El día diecinueve de noviembre llegó y, con él, la posibilidad de saludar a los Amigos y Amigas de San Antón y departir aquella noche en su compañía. Al contrario del año anterior, y al celebrarse en Jaén la cena, cada uno escogió la forma más adecuada a su gusto y necesidades para desplazarse hasta el lugar donde se alza el palacio de Villardompardo, en el casco histórico, a medio camino entre los barrios de Santa María Magdalena y San Juan, San Miguel y San Andrés, en esa plaza con nombre de santa francesa y, más coloquialmente hablando, *en la pila del pato*.

En esas fechas todo el espacio comprendido entre la plaza de Santa Luisa de Marillac y la plaza de la Audiencia estaba en obras porque, reviviendo esas políticas de engalanamiento urbano de las que nos hablan los papeles de otros tiempos, al alcalde se le había antojado arreglar la calle –decían los comerciantes muy cabreados– y además todas al mismo tiempo. O sea que, desde meses atrás, la calle Martínez Molina estaba levantada –de lo que yo doy fe– y los ánimos de los vecinos y tenderos en pie de guerra, tal y cómo podía deducirse del contenido de las pancartas dispuestas en las fachadas y en algunos balcones.

Por esa misma calle, Juan Cuevas y yo, acompañados de nuestro próximo e incipiente nuevo Amigo, José Rodríguez Molina, y desde la plaza de San Francisco nos encaminamos ya noche cerrada y a la luz



Fachada del Palacio de Villardompardo



Fachada de
la Iglesia de
San Juan
(Dibujo
Alfonso Parras)

amarilla de las farolas hacia el palacio. Había poca gente en la calle y creo que, quizá por nuestro aspecto trajeado, dábamos un poco el cante lo que hizo que una señora que nos veía ascender calle arriba no se resistiera a preguntar *¿es que hay algo esta tarde en San Juan de Dios?* Y naturalmente dijimos que no y seguimos nuestro camino charlando acerca de lo deprisa que pasa el tiempo, de aquellos años ya lejanos en los que compartimos aula y enseñanzas en el entonces Colegio Universitario de Jaén, Pepe como nuestro profesor de Historia Medieval y nosotros como sus alumnos; hablamos de las obras en las calles y de cómo se estaba remozando aquel sector concreto del casco histórico. No olvidé el comentario de la señora que nos había preguntado por San Juan de Dios y pensé, como en la amplitud

de la zona histórica por la que nos encaminamos hacia nuestro lugar de encuentro, el centro de San Juan de Dios parecía haberse convertido en un referente en el inconsciente colectivo, posiblemente como consecuencia del desfile de personas con cierta asiduidad por esta calle, coincidiendo con la celebración de alguna actividad cultural. A mi, que desde hace muchos años no resido en Jaén, no dejó de llamarme la atención el comentario.

Al pasar junto a la esquina de la iglesia de San Juan vislumbramos, en la semioscuridad que se extendía bajo la fachada contraria de la calle, el perímetro y el vacío de un gran solar donde, en teoría, había estado el barrio de la Judería, cerca del monasterio franciscano de Santa Clara. Por unos momentos oteamos el amplio solar situado a la izquierda de la cuesta de los Caños y divagamos con la memoria y la palabra acerca de aquello que pudo ser la Judería y que, en realidad, desconocemos. Y apresuramos el paso, no porque temiésemos la aparición de una presencia virtual atormentada por su final y destino, propia de otros tiempos, sino porque a punto estaban de dar las ocho y media, la hora convenida para la cita y no era cuestión que siendo Pepe el nuevo amigo, Juan

su presentador y yo, la cronista, llegásemos tarde. Y eso podía pasar si los tres, inspirados por nuestros respectivos pensamientos y alentados por los comentarios contrarios, permanecíamos más tiempo escudriñando las sombras, y dispuestos a elucubrar sobre la judería, la sinagoga, y a compartir aquel u otros datos que los papeles blancos y amarillos de los archivos nos habían proporcionado acerca de la vieja aljama giennense.

Y llegamos casi en punto. Porque las ocho y media marcaban nuestros relojes cuando ya habíamos entrado en la plaza y pocos metros nos separaban de la entrada al palacio.

He dicho antes que esta plaza que, verdaderamente por sus dimensiones, puede caracterizarse de tal, tiene nombre de santa francesa, Santa Luisa de Marillac, y aunque personalmente me gustaría un título mas castizo y simple para un espacio de tan rancia solera, unido a la historia moderna y contemporánea de Jaén, pienso que tampoco viene mal el nombre de la colaboradora de San Vicente de Paúl en el vecino país galo. Como decía el reclamo de un programa televisivo de hace unos años, ¡ya somos todos Europa! Formamos parte de esa aldea global. Pero no es por la cuestión europeísta por la que escribo esta puntualización sino porque, habiendo desempeñado esta plaza funciones ligadas a la asistencia social, se produce una innegable relación entre éstas y los personajes ligados a la historia de la Iglesia y a la Caridad que he mencionado.

Y como el pensamiento viaja más rápido que la palabra, que el gesto, aún me dio tiempo a evocar tras una breve mirada lo que fue en el pasado aquella plaza y lo que es ahora. Nunca he llegado a saber porqué don Fernando de Torres y Portugal decidió abandonar las viejas casas principales de su familia, asociadas al mayorazgo y más conocidas como palacio del condestable Iranzo, en la plaza de la Audiencia, para venir a vivir a este espacio, la antigua calle de las Herrerías, donde comenzó la construcción de este imponente palacio sobre unas casas de baños de las que era propietario. Es cierto que he localizado viejas escrituras de obras, de compras de materiales... pero nunca un dato que permita adivinar las razones de ese abandono. Si era incómoda la casa del Condestable,...si no se ajustaba a su gusto estético...si a su segunda esposa, doña María Carrillo, no le gustaban las maderas labradas de las armaduras -alfarjes o artesonados- que cubrían las habitaciones o los paneles de yeserías con labor de estrellas de lazo o de mocárabes que enmarcaban algunas de las puertas de aquella antigua casa....o si la distribución y dimensiones de las estancias le parecían inadecuadas o pequeñas para colocar la larga serie de muebles, cacharros de peltre y barro, y piezas de plata, paños y tapicería que formaban parte de su ajuar estrictamente personal y que fueron declarados puntillosamente ante notario con motivo de la

marcha del Conde allende el mar, al Nuevo Mundo, cuando fue nombrado por su rey Felipe II como virrey del Perú. Está claro que en aquellos tiempos se declaraba ante notario casi todo pero también que América estaba muy lejos, y tanto durante la travesía como durante su etapa de gobierno podría ocurrir cualquier contratiempo o hecho de dimensiones mayores que originase problemas familiares a la condesa. Es sabido que don Fernando tenía otros hijos de su primera

esposa y a pocos genes dominantes que llevaran de su padre, los hijos del conde serían peleones y pleiteantes... especialmente con la herencia.

Al margen de estas disquisiciones que se me venían a la cabeza, lo cierto es que el nuevo palacio se construyó a lo largo de la década de 1580 rodeado, figuradamente hablando, de una serie de edificios religiosos. Cosa que, en rigor, no era muy extraña en un Jaén agobiado dentro de la muralla. Frente al palacio se abría la iglesia calatrava de San Benito, una iglesia de origen medieval ligada a la citada orden militar de caballería que pocos años atrás había sido obrada y remodelada bajo la dirección del arquitecto Francisco del Castillo; unos metros más adelante se alzaba el imponente recinto del monasterio dominico de Santa Catalina cuya iglesia, si no tenía ya andamios cuando el Conde pensó en construir sus casas, poco tiempo le faltaba. Fue Alonso Barba, el tan ponderado

maestro por Andrés de Vandelvira como su más fiel seguidor y un arquitecto al servicio de don Fernando, quien posiblemente trazara las naves y bóvedas de esta iglesia de predicadores, incrementando su aforo, y con ello la posibilidad de más asistentes a sus misas, oficios, rezos y ceremonias, y su sobrino Luis Barba quien llevara estas obras a la práctica. También su monumental portada principal, poco perceptible en una calle que, si ahora no es muy ancha, en aquellos tiempos no le cabía otro calificativo que el de angosta.

En dirección contraria, y también muy cercanas, las iglesias de San Juan y San Andrés. Eran estas dos iglesias de traza bajomedieval en



Portada de acceso a la iglesia de Santa Catalina, en el Convento de Santo Domingo, hoy entrada al Archivo Histórico Provincial



Espadaña de San Andrés



Portada de San Miguel, en su lugar de origen

su resolución espacial general y en sus cubiertas. En el caso de la primera un arquitecto mal llamado restaurador, de cuyo nombre no quiero acordarme o mejor dicho me resisto a escribirlo, acabó con el limpio trazado de los nervios que integraban sus bóvedas góticas. Mejor resistió el paso del tiempo a pesar de todo el conjunto de la estructura de la iglesia de San Andrés que, como la anterior, había sido objeto de obras en la primera mitad del siglo XVI y sufriría más tarde la pérdida de su armadura mudéjar original. Afortunados fueron el conde y su familia que pudieron conocer en sus visitas a esta iglesia los retablos de Pedro Machuca para el altar principal, y el ideado por Juan de Borgoña para la Santa Capilla. Artistas de lo mejor de su tiempo, reunidos en una ciudad encrucijada para las manifestaciones artísticas como fue Jaén.

No muy lejos del palacio se alzaba la iglesia de San Miguel. Un templo de origen medieval, remodelado en el primer tercio del siglo XVI en su configuración interior, y cuya fachada principal adquirió hacia 1560 un empaque monumental gracias a la portada diseñada por Andrés de Vandelvira y conservada hoy en el patio del Museo Provincial de Jaén.

No tendría la plaza de las Herrerías las dimensiones que tiene ahora, ganadas a costa de la demolición de pequeños y viejos inmuebles a lo largo de los siglos, pero si lo suficientemente amplias como para que, en la época en la que vivió el Conde, recibiera este nombre en ocasiones. Sin duda, allí seguía en pie y en uso el viejo baño musulmán, el *hammam* que dicen los arqueólogos y que nuestro buen amigo Luis Berges acertó a restaurar, como bien demostrara el premio Europa Nostra con el que fuera distinguida la restauración de aquel edificio concebido para el solaz y recreo; aquella *oficina del demonio*, expresión con la que definiese a estos establecimientos el obispo don Martín Pérez de Ayala bastantes años antes, en el Sínodo de la Iglesia de Guadix, y antes de proceder a su

clausura y prohibición en toda su diócesis. En este punto tengo que recordar que este obispo vivió en Jaén, pues fue lector del obispo don Francisco de Mendoza, y yo me pregunto si su razonamiento sería el mismo en el caso de los baños giennenses. Es cierto que el componente social de los asiduos a los baños del reino de Granada era muy diferente al que podía encontrarse en Jaén y que el sentido y la percepción del baño como actividad, era también distinto en los naturales de este reino y entre los

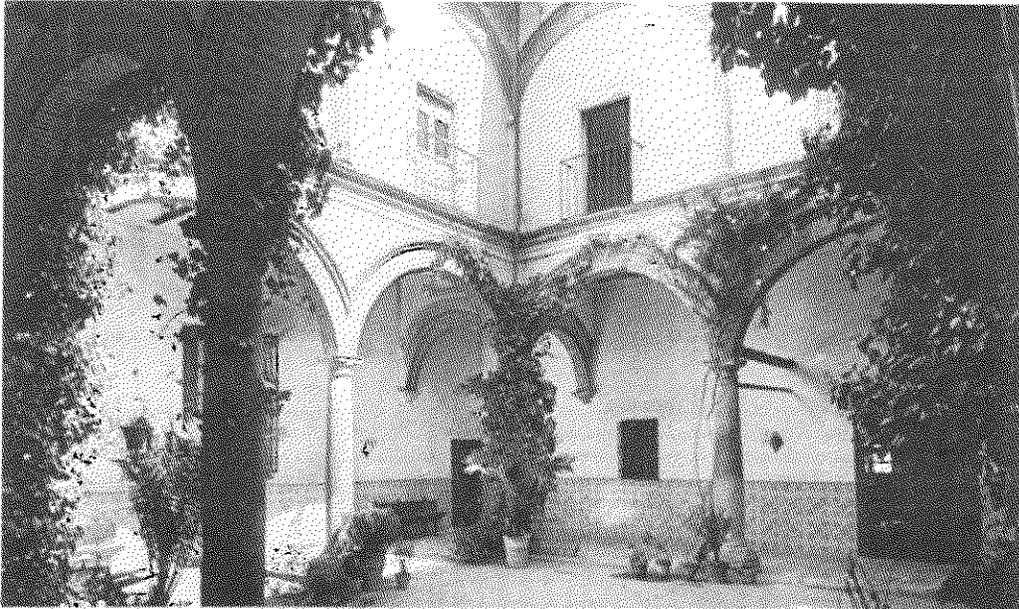


Pila del pato
en la plaza
Santa Luisa
de Marillac
(Jaén Blanco y
Negro)

moriscos que se resistían a la nueva cultura. Pero el baño como solución arquitectónica y adecuada a una necesidad vital no fue apreciada por este brillante e intelectual prelado, asimilador inmediato de las resoluciones conciliares adoptadas en Trento, dispuesto a clausurar ese mundo multicultural y heterogéneo que le tocó gobernar en aquella su diócesis.

Pero de lo que no cabe ninguna duda es que este tipo de establecimientos si fueron apreciados por el conde de Villardompardo, al menos por su componente generador de riqueza, pues poseía además de éstos, otros situados junto al viejo palacio del Condestable Iranzo, dónde cabe la posibilidad de que aún se encuentren sus cimientos al menos. Bien entero estaba ese baño y en uso en la primera mitad del siglo XVI.

Pero hablaba yo del baño a propósito de la plaza y, andando el tiempo, ésta adquirió unas dimensiones muy semejantes a las actuales y fue necesario adecentarla, y adornarla, y el elemento escogido fue una fuente de taza y surtidor con vástago escultórico de las que no existían por estos barrios porque ya se sabe que, el entramado viario o la red de calles propias de estas viejas colaciones medievales, no se caracteriza



Patio central
del Palacio de
Villardompardo
hacia los años
cincuenta



Patio central
del Palacio de
Villardompardo
en la
actualidad

por su amplitud sino por la angostura, en muchos casos, de sus calles. De ahí que la fuente del pato, o la pila del pato, como era llamada hasta hace poco tiempo, se convirtiese en algo llamativo y ¡quien lo hubiera pensado! en una seña de identidad de esta plaza. Más siendo puntillosa he de decir que no es un pato, sino un cisne, el ave que centra el mar de la fuente, un cisne atacado por una serpiente. Una obra centenaria ya y trasladada a esta plaza desde los populares jardinillos para los que fue, inicialmente y antes de que acabase el siglo XIX, fue ideada.

Corría el año 1892 cuando el Ayuntamiento decidió reordenar los jardines de la plaza del deán Mazas con una fuente decorativa y funcional cuya agua no solamente refrescase el ambiente sino que además sirviese para el riego de los parterres circundantes. Frente a la costumbre de otros tiempos, la fuente no fue encargada a un maestro cantero sino que

fue adquirida con un carácter serial, siguiendo el modelo de otras fuentes existentes en el paseo de la Alameda, generosas en su amplitud. Como ornamento se escogió un elemento fabricado en bronce, cuya iconografía está íntimamente relacionada con el agua y que durante algún tiempo quedó instalada en ese espacio multifuncional que ha sido a lo largo del tiempo la antigua plaza del Mercado. Después, como con tantas otras cosas ha ocurrido, la fuente dejó de ser apropiada para una plaza tan representativa y pasó a centrar la plaza de Santa Luisa.

No diré que el murmullo cantarino del agua ha alegrado siem-

pre el paso de los viandantes ni que esta agua remansada ha refrescado el ambiente porque, en una ciudad como Jaén donde el agua es un bien preciado, esta fuente ha tenido en más ocasiones de las deseables un valor testimonial. Generalmente y a lo largo de los años vacía, cuando estaba llena era todo un símbolo de lo que podía llegar a ser pero casi nunca era. ¡pobre cisne y fracasada fuente, condenados a no desempeñar las funciones para las que fueron ideados!

Y cruzando el umbral de la puerta del antiguo palacio de Villardompardo, por cierto custodiada por un guardia de seguridad, cesaron mis evocaciones para concentrar la atención en los amigos que con más



Juan
Espinilla y
José García

premura habían llegado antes que nosotros y esperaban, una vez traspasado el breve zaguán, en el interior del patio y al abrigo ofrecido por el pórtico. Y allí nos recibió con su habitual amabilidad y cariñoso afecto nuestro buen amigo Pedro Casañas, y fuimos saludando a los ya reunidos María Isabel, Manuel López, María José, Pedro Alejandro Ruiz, Antonio Casañas, Antonio Martos, Vicente Oya... y poco a poco llegaron los amigos restantes, Ángel Aponte, Luis Coronas, José García, Juan Antonio López, Luis Berges, Ángel Viedma, Pilar Sicilia, Pedro Jiménez, Pedro Cruz, y Miguel Calvo. Poco a poco terminamos de saludarnos todos, Fernando Lorite, José María Pardo, Francisco Cano, Arturo Vargas, Pepe Casañas, Manuel Kayser, Rufino Almansa, Juan Espinilla. Minutos después llegaron Julio Puga y Alfonso Parras a quienes yo no conocía y con quienes tuve ocasión de departir unos momentos, tras sus presentaciones.

Mientras, poco a poco nos situábamos en torno a las mesas preparadas con las características tapitas o aperitivos, propios de la tierra, con los que los Amigos de San Antón inician cada año el preámbulo de su cena. Y así comenzaron las conversaciones sobre aspectos propios de nuestra actualidad más cotidiana y sobre otras cuestiones de índole general concernientes a la vida política y social, cultural...y ¡deportiva! Porque aquella noche mientras nos tomábamos la cerveza, el vino y degustábamos con algunos acompañantes...¡había un partido de fútbol! Y si hay alguna actividad deportiva que provoque sufrimiento y satisfacción, odios y rencores, aviesas miradas y los más encendidos gritos, esa es el fútbol. No lo dicen las encuestas, ni los comentaristas deportivos, que ya lo afirmaron hace muchos años, lo dicen en los últimos tiempos



Fernando Lorite, Manuel Kayser y Alfonso Parras



José Casañas, Rufino Almansa y Julio Puga

los psicólogos, los sociólogos, los estudiosos de la conducta humana en general pero también juristas, jueces y abogados implicados en, cada vez, más ocasiones en caracterizar comportamientos y actuaciones calificables de poco deportivas y en aplicar una satisfactoria corrección.

Pero no crea el lector que fue el tema dominante de los corrillos sino el que más preocupaba en alguno concreto y en el que sus integrantes, con esa curiosidad de los aficionados y seguidores de su equipo, no se pudieron resistir a encender furtivamente un minúsculo transistor y seguir algunas jugadas del encuentro que se disputaba aquella noche entre el Madrid y el Barcelona, que no son necesarias más identificaciones para que todo el mundo sepa a qué equipos me refiero.

Más si eso hicieron algunos caballeros cuyo nombre no voy a decir porque todos los sabemos, otros se quedaron con las ganas... Afortunadamente hay camareros muy eficaces que lo mismo te traen una cerveza que una tapa y que, esta noche, completaban su tarea con avisos esporádicos y puntuales sobre la marcha del partido. Y así podré decir, si mi memoria no me falla, que a las nueve y veinticinco minutos de la noche el resultado era de 2 a 0.

Un toque de campanilla nos avisó del primer acto acuñado por la costumbre y elemento fijo de la Cena Jocosa que es el nombramiento de cronista de la cena. Y me apresuré a acercarme hasta Pedro, nuestro Prioste, pues me tocaba a mí aquella noble tarea de escuchar, anotar, y retener en la memoria todas aquellas incidencias, conversaciones y eventualidades propias de una noche como ésta.

Poco a poco, todas las personas allí presentes nos fuimos acercando a un extremo del patio, donde una fuente de luz algo más clara permitió que, una vez más, los caracteres escritos saltasen del papel y se hiciesen puro sonido en boca de Pedro Casañas. Fue así como ese capítulo del ceremonial que envuelve el nombramiento de cronista de la Cena se hizo realidad nuevamente y el recado de escribir me fue entregado con toda puntualidad, una vez hube respondido a la pregunta obligada con la fórmula *si, lo soy*. Inmortalizado quedó el momento con los flashes de las cámaras y los cariñosos buenos deseos de nuestro Prioste, como es de rigor. Y por si me quedara alguna duda, en mi mano quedó el sobrio bloc de notas de hojas cuadriculadas y el rotulador negro que me ayudaría en mi tarea. Y sentí la curiosidad de abrir la tapa azul y, sabiendo que no había nada escrito, hojear su contenido para pensar, después, que eran muchas páginas a rellenar en tan poco tiempo.

Tras este *impasse*, que se diría en otra lengua no demasiado lejana, volvimos todos a la conversación, a las tapitas, y al intercambio amigable de saludos más largos pues aún nos quedaban muchas preguntas y respuestas aunque, desde ese momento, era ya mucho más difícil todo. Hablar, escuchar, paladear y todo ello sin anotar nada porque, ahora que ya ha pasado, debo confesar que prefería yo retener en la memoria lo que veía y oía para que nadie se sintiese cohibido en mi presencia.

Y así anotaré muy brevemente lo variopinto de las conversaciones. Creo que en todos los corrillos se hizo notar lo fresco de aquella noche pues, tarde o temprano y a pesar del vino y la cerveza o de bebidas más suaves, adaptadas a las necesidades y deseos de cada invitado e invitada, un ligero retemblido se apoderó en algún momento del equilibrio de nuestras espaldas, haciéndonos recordar lo efímero que puede llegar a ser ese «poder de la mente» que se ha convertido incluso en un casi slogan o reclamo publicitario para algunas, no se si llamarlas, asociaciones o instituciones pseudocientíficas. Aunque claro, con esa naturaleza positiva que a algunos y algunas nos caracteriza, pronto encontramos algo bueno al ambiente que se tornaba gélido en aquel patio. Y es que teniendo en cuenta el rigor de la canícula con la que la climatología andaluza quiso singularizar a nuestra querida ciudad, especialmente de noche, más de uno pensamos en el «fresquito»



Juan Cuevas
y Luis Berges



Pedro Casañas, Rosa Morales y Pedro Cruz

de verano que proporcionarían aquel patio y sus estancias aledañas, y las subterráneas salas de baños metamorfoseadas en bodegas.

La calle Martínez Molina con sus inacabables obras también fue uno de los temas de conversación aunque nuestros comentarios no tenían punto de comparación con los que brotaban de los labios de sus irritados vecinos y comerciantes. Aunque los frecuentes agujeros mal tapados, los desniveles entre la calzada y alguna acera aun inexistente o



Fernando Lorite, Arturo Vargas-Machuca y Vicente Oya

defectuosamente acabada, pudieron propiciar algún que otro traspie, «tropezón» o torcedura leve. De ello dio fe Vicente Oya quien, cuando se dirigía derecho, encaminado y decidido hacia el lugar de encuentro, tuvo esa mala pata . Y ya anduvo más precavido. Yo creo que, en realidad, la cena jocosa no empieza con los rituales y el ceremonial sino con el camino que nos lleva hasta la casa y el comedor que cada año nos acoge. Y que, en ocasiones, reúne caracteres de aventura. Por aquello de las trabas a superar digo. Como en esta calle o en otra ocasión, en la que una noche de viento y lluvia, contribuyó a confundir el lugar de encuentro a algunos comensales allá por los caminos del Puente de la Sierra y a sumir en la perplejidad más absoluta a los dueños y dueñas de los cortijos a cuyas puertas fueron a llamar algunos amigos de San Antón para cenar, en una noche tan poco propicia salvo para otra cosa que la intimidad al calor de la chimenea o de la más prosaica calefacción. Todo eso se comentaba y arrancaba alguna sonrisa que no llegaba a ser más por aquello de la mesura y la elegancia.

Darían las nueve de la noche cuando, de nuevo, un enérgico toque de campanilla nos hizo dirigir la mirada con un rápido gesto de cabeza hacia el lugar de donde venía tan convincente sonido. Y es que la campanilla de Pedro, nuestro prioste, además de tintinear tiene valores y poderes educativos. Pues, con qué rapidez es capaz de reclamar nuestra atención. Hasta el punto de que algún docente de los que allí estábamos, pensó seriamente en sustituir nuestra llamada de atención a los alumnos y alumnas por este acrisolado instrumento, tan viejo como nuestra historia.



Ángel Aponte, Luis Coronas y Juan Antonio López

Se adelantó Pedro unos pasos y se dirigió a todos los amigos y amigas reunidos para darnos la bienvenida un año más a la cena que íbamos a compartir. No fueron solamente palabras de bienvenida las que brotaron de sus labios sino también de entrañable recuerdo para aquellos Amigos que, a lo largo de los años, han respondido con su presencia a la invitación del Criado Portugués y ya no podrán hacerlo, Juan Castellano de Dios y Luis Armenteros Basterrechea. A la mención de los ausentes por diversas contingencias y obligaciones se unieron las palabras de agradecimiento hacia D. Marcelino Sánchez Ruiz, diputado provincial de Cultura.

Amigos: Una vez más acudimos al reclamo que tan puntualmente nos hace el Criado Portugués, a través de su carta de aviso y recordación, con el fin de evocar nuevamente aquella «Otra Cena», que tan finamente describiera el marcial sevillano y que tan íntimamente está ligada a nuestro Jaén, a este nuestro Jaén de ayer, nuestro Jaén de hoy y nuestro Jaén de siempre, que llevamos prendido en nuestros sentimientos como origen y base de nuestra Asociación.

Con este encuentro, en el que además de ser asistentes, nos constituimos como fedatarios de esta cota que se marca ya con su número veintiocho de nuestras Cenas Jocosas, que también decimos de Santa Catalina, veladas entrañables que año tras año, van cuajando un modesto, pero sabroso poso cultural en este quehacer giennense.

Este encuentro del año 2005, conlleva un marchamo muy particular, dado que se ubica en un lugar tan emblemático y significativo para la ciudad de Jaén, como es éste de la casa palacio que fuera de los Condes de Villardompardo, mansión otrora señorial, albergadora en tiempos posteriores para cometidos de Beneficencia Provincial, y en nuestros días, notabilísimo conjunto cultural de muy positivas repercusiones.

El encontrarnos aquí, ha sido posible gracias a la generosa dejación que para ello ha hecho, el Ilmo. Sr. Diputado Provincial de Cultura, don Marcelino Sánchez Ruiz a quien sinceramente agradecemos tan generoso gesto.

En esta ocasión como desgraciadamente en algunas otras ha ocurrido, hemos de evocar con gran sentimiento, la memoria de dos buenos Amigos de San Antón, que desde el encuentro de 2004 a este de 2005 nos dejaron para siempre: Juan Castellano de Dios y Luis Armenteros Basterrechea, miembros de número, amigos queridos que tanto empeño e interés mostraron siempre en estos quehaceres, significando al primero

como miembro cofundador que fue de la Asociación. De igual forma, nuestro recuerdo para los que por diferentes circunstancias y obligaciones no han podido venir a compartir en este encuentro: Juan Higuera, Pedro Galera, y Francisco Cerezo.

Y de estos sentimientos, pasamos a la congratulación y satisfacción, por la incorporación a la Confraternidad, como Miembro de Honor, de José Rodríguez Molina, persona querida, que desde sus años en Jaén y su Granada actual, tanto ha venido y viene laborando a través de su fecunda tarea de investigación en la historia giennense. Amigo José Rodríguez Molina, sé bienvenido. Finalmente, a todos expreso mi mejor deseo de que el devenir de esta velada sea tan grato y satisfactorio como en ediciones anteriores así ha sido.



Y por esas circunstancias del destino, mientras Pedro nuestro Prioste recordaba en su saludo de bienvenida a aquellos miembros de la Confraternidad que ya no nos acompañarían nunca más salvo en el recuerdo, se velaba el cuerpo de otro entrañable Amigo, Antonio Martínez Lombardo, que había fallecido y sería enterrado al día siguiente.



Arturo Vargas-Machuca, Pedro Jiménez, José María Pardo,
Pedro Alejandro Ruiz y José Casañas

Después de las amables palabras de Pedro realmente podía darse por totalmente inaugurada la velada de aquella noche. Todos y todas estábamos ya reunidos pues algunos invitados que se habían rezagado, por otras obligaciones, con respecto a la hora de llegada estaban ya pre-



Antonio
Casañas y
Ángel Viedma

sentes. Seguían las conversaciones acerca del partido pero también se hablaba de algún que otro evento cultural conmemorado a lo largo de aquel año 2005 que, pronto, llegaría a su fin. La celebración del Quinto Centenario de la edición del Quijote arrancó algunos comentarios no todos unánimes porque, pese a la admiración que suscita tan popular personaje y al cariño que muchos profesamos al hidalgo don Alonso Quijano, las decisiones que adoptan los políticos para fomentar el conocimiento de una obra literaria o artística, por machacona, resulta en mu-

chas ocasiones cargante e incómoda. No creo que don Miguel de Cervantes quisiera ver encomendada su obra y, posiblemente, a su personaje más querido a un decreto-ley o algo semejante. A nuestro ilustre escritor, y soldado avezado en el campo de batalla, debía gustarle como al más joven Francisco de Quevedo el roce de la multitud, el cariño de la calle, el desparpajo de los asistentes a sus comedias en los teatros de la Corte y en los corrales medianos. Porque a fin de cuentas, y al margen de los avatares de su secreta imaginación, la calle y la vida le proporcionaban el argumento para los protagonistas de sus obras, para subrayar la rebeldía de



José García, Manuel López Pérez, Antonio Martos y Juan Cuevas

muchas de sus mujeres ante el incómodo papel que el siglo en el que nacieron y la sociedad en la que crecieron les impuso desde antes de nacer. Para retratar con suaves, pero certeras pinceladas, ese gran teatro de la psicología humana.

Pero estas disquisiciones se vieron interrumpidas por la convincente campanilla del Prioste que, por un rato, distrajo nuestra atención de las aceitunas y *La Guita*, pues ese era el nombre del manzanilla que se degustaba esa noche y de las almendras saladas. Esta vez sí abrí el bloc y le quité el capuchón al bolígrafo pues le cabía el honor a Juan Cuevas de hacer la presentación de José Rodríguez y había visto yo que guardaba algún folio que otro. Mis previsiones se vieron confirmadas nada más comenzar, cuando con voz apretada nos recomendó un estudio biográfico y bibliográfico cuya edición había sido realizada por Ana María Pérez Martín y que había visto la luz en el otoño de 2004, en el marco de los actos programados por el Área de Cultura del Excelentísimo Ayuntamiento de Alcalá la Real con motivo de las V Jornadas de Historia en la Abadía celebradas en aquella ciudad.

He de decir que, después de la Cena jocosa, Pepe me proporcionó un ejemplar de este estudio donde su autora realiza un perfil muy ajustado, completo y ameno de lectura, de José Rodríguez. Por lo tanto, la recomendación de Cuevas no sólo fue acertada sino además generosa. Pero a pesar de mis elogios hacia ese estudio no puedo por menos que recordar el discurso amplio, extenso y documentado de Juan en el que realizó una semblanza de aquel Colegio Universitario en el se forjó la experiencia pedagógica de nuestro profesor de Historia Medieval. Se extendió Juan en destacar su contacto con los alumnos, su ingente labor de rastreo documental en los archivos y sus profundos y continuados trabajos sobre la historia medieval de Jaén y su provincia. No olvidó su activo protagonismo en la celebración de coloquios y jornadas y su profunda relación con dos obras clásicas en la historiografía como son los sendos estudios dedicados a la Historia de Baeza y la Historia de Jaén.



Intervención
de Juan
Cuevas

Queridos Amigos de San Antón:

Me ha pedido Pedro Casañas que presente al miembro de honor elegido en el último Cabildo de la Asociación José Rodríguez Molina, y yo, como no podría ser de otra manera, cumplo el encargo con mucho gusto, por obedecer a nuestro Prioste y por honrarme en contar con la amistad del nuevo Amigo de San Antón desde hace ya más de veinticinco años. Pero no creáis que presentar a Rodríguez Molina es una tarea fácil, al menos presentarlo con la brevedad que exigen este tipo de intervenciones en el ámbito de una Cena Jocosa -no quiero que me tachéis de cansino-, debido a la intensa y fructífera vida que tanto desde el punto de vista personal como profesional ha llevado hasta ahora. Así que para «+ información», o «para saber más», como suele decirse ahora en las páginas web de Internet, os voy a recomendar una publicación: José Rodríguez Molina. Biobibliografía, Alcalá la Real, Ayuntamiento, 2004, edición preparada por Ana María Pérez Martín, donde, a lo largo de 61 páginas de letra pequeña, podéis encontrar una acertada, fiel y completa biobibliografía de nuestro cenacantano de hoy.

Yo me limitaré a realizar una breve semblanza de su trayectoria personal y profesional por si alguno de los presentes no lo conoce suficientemente.

José Rodríguez Molina es natural de Gojar, un pequeño pueblo granadino situado al pie de Sierra Nevada. Estudió Teología en la Facultad de Cartuja y tras un breve e intenso ministerio encontró su verdadera vocación en la Historia. Su primer destino fue el Colegio Universitario de Jaén, al que se incorporó en el año 1971, año en el que se instauraban los estudios universitarios modernos en Jaén, y en el que permaneció hasta 1984 en que se trasladó al Departamento de Historia Medieval y Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad de Granada, donde continúa desarrollando su labor actualmente.

Fue precisamente en el Colegio Universitario donde conocí a Rodríguez Molina, en el año 1977, al comenzar mis estudios de Historia, durante el primer curso académico que comenzó en las nuevas instalaciones de Las Lagunillas, después de la valiente ocupación pacífica llevada a cabo por profesores, alumnos y personal de administración y servicios, en la que Pepe jugó un papel tan destacado, cuando entre todos no llegábamos a mil personas, y la enseñanza impartida, lejos aún de la masificación, tenía un componente personalizado que hacía posible a profesores y alumnos, en general, establecer unas relaciones muy fructíferas.

Rodríguez Molina ha tratado de desarrollar, siempre que las circunstancias se lo han permitido, una enseñanza racional, crítica y personalizada, en contacto directo con el alumno, a través de la lectura de

textos y documentos, numerosas entrevistas, debates en clase y activa participación. Para ello ha desarrollado un método docente que despierta el espíritu crítico del alumno al tener que esforzarse con sus compañeros para extraer la información que le aportan textos y documentos, de manera que debe hacer su propia historia. El desenlace de esta práctica pedagógica debiera conducir al contacto directo con los archivos. Y eso es lo que ocurrió en mi caso, pues después de ejercitarme en la Paleografía durante los primeros cursos con Carmen Argente y Rodríguez Molina, tuve ocasión de participar en la organización del Archivo Municipal de Jaén y encontrar mi vocación y mi profesión como archivero, por lo que, como comprenderéis, le estoy muy agradecido.

Desde que llegó a Jaén para hacerse cargo de la enseñanza de la Historia Medieval, Rodríguez Molina, emprendió el estudio sistemático del período comprendido entre los siglos XIII y XVI, período histórico que por aquellos años permanecía casi inédito en estas tierras, como, por otro lado, lo estaban casi todos los demás en aquellos años. Para ello, tuvo que comenzar prácticamente desde cero, pues, aparte de algunas noticias aparecidas en la revista *Don Lope* de Sosa y de algunos trabajos de Juan de Mata Carriazo dedicados a aspectos parciales, nadie había abordado su estudio de una manera sistemática que le permitiese observar, a medio y a largo plazo, la evolución de la economía y de la sociedad. En este sentido, el profesor Rodríguez Molina debe ser considerado como el padre de la Historia Medieval jiennense.

Con estos planteamientos, inició su tesis doctoral, que con el título *El Obispado de Baeza-Jaén en la Baja Edad Media*, le puso en contacto con las fuentes documentales y con el conocimiento de la organización administrativa y económica del obispado y reino de Jaén. Fruto de este primer esfuerzo, y de otros que vinieron después, será también la redacción de un libro, dedicado especialmente a sus alumnos, puesto que está redactado casi como un manual, *El reino de Jaén en la Baja Edad Media. Aspectos demográficos y económicos*, del que la Universidad de Granada hizo dos ediciones, una en 1976 y otra en 1978.

Desde estos primeros trabajos como historiador, se advierte el interés de Rodríguez Molina en el estudio de las realidades socioeconómicas del antiguo reino de Jaén y de Andalucía, en el contexto de una *Historia Integral*. Ya conocía los hechos políticos fundamentales, el contingente demográfico protagonista de los mismos, la organización administrativa y había detectado los grandes ciclos económicos. Le quedaba, para completar los cimientos de la *Historia Medieval jiennense*, estudiar el amplio bloque de población al que él prefiere denominar «no privilegiados», compuesto por las capas populares de labradores, artesanos asalariados, bajo

clero, criados, esclavos y toda clase de marginados (vagabundos, prostitutas, etc.), el contingente de población más numeroso y más intencionalmente olvidado en los escritos y documentos de su tiempo y en la historiografía posterior; que hasta ese momento había estado más interesada en las actividades del gran bloque privilegiado, con mayor influencia en la vida política, institucional y cultural.

Su interés por el bloque no privilegiado le llevó a organizar en Jaén, en noviembre de 1982, el III Coloquio de Historia Medieval Andaluza bajo el título general de «La sociedad medieval andaluza: los grupos no privilegiados», al que acudieron los mejores medievalistas españoles y europeos ocupados de clarificar las características fundamentales de este bloque social y fruto del cual fue la edición por el Instituto de Cultura de la Diputación Provincial, de un volumen de más de quinientas páginas, con las actas de las intervenciones de los participantes, que constituyen, desde entonces, una referencia obligada para todo aquel que pretenda acercarse al tema.

Rodríguez Molina siempre ha entendido que la investigación histórica no alcanza su sentido completo hasta que se pone en manos del público de una manera sencilla y amable. Con esta intención, puso en marcha el proyecto de realizar una Historia de Jaén, que de una manera lineal se ocupase de todas las épocas históricas, en el que participaron la mayoría de los profesores de historia del Colegio Universitario, y a la que él contribuyó con la redacción de la parte dedicada a la época medieval. El voluminoso libro resultante, que fue editado por la Diputación Provincial en 1982, tuvo un gran éxito de público y se agotó rápidamente. Tres años más tarde, llevó a cabo un proyecto de características parecidas, la Historia de Baeza, que fue coeditada por el Ayuntamiento de Baeza y la Universidad de Granada.

Cuando Rodríguez Molina se puso en contacto con las fuentes documentales jiennenses y comprobó el estado de abandono e incuria en el que se encontraban la mayoría de nuestros archivos, inició en varios de ellos, siempre en función de un mayor rigor historiográfico, una labor de desbroce y organización de los documentos que le permitiera realizar el estudio y edición de la documentación medieval de los principales archivos de la provincia y, en el caso del Archivo Municipal de Jaén, ofrecer gran parte de sus fondos, organizados, al resto de los investigadores. En esta línea, primero editó el Sínodo de Jaén de 1492, guardado en el Archivo de la Catedral de Jaén, y luego, las colecciones diplomáticas de los archivos municipales de Jaén, Baeza y Úbeda. Estas ediciones de documentos fueron complementadas con el estudio y la edición facsímil de los grandes clásicos de la historiografía jiennense: el Retrato al natural de Jaén, del Deán Mazas y el Catálogo de los obispos de Jaén, de Martín Ximena Jurado.

La gran capacidad de trabajo del doctor Rodríguez Molina, que junto a la tenacidad y entusiasmo que pone en todo lo que hace es una de sus características personales más sobresalientes, le han llevado a promover y dirigir varios grupos de trabajo a lo largo de su vida profesional, que a la vez que han servido para poner en marcha diversas líneas de investigación, todas ellas relacionadas con Andalucía y el antiguo reino de Jaén, o, como decía anteriormente, con la organización de archivos, han sido una escuela eficacísima, en el aprendizaje de la paleografía medieval y de los métodos de investigación histórica, para jóvenes investigadores.

Su libro, La vida de la ciudad de Jaén en tiempos del Condestable Iranzo, fue pensado, en principio, como estudio introductorio de la edición de los Hechos del Condestable Iranzo que preparamos Juan del Arco, José del Arco y yo mismo, pero ante el gran número de páginas que fueron necesarias para que Rodríguez Molina pudiese poner por escrito todo lo que tenía que decir sobre el personaje y el Jaén de la época, creímos más conveniente dedicar un volumen a cada parte. El resultado fue una impresionante obra de madurez, en la que el autor volcó sus conocimientos sobre la historia de Jaén adquiridos a lo largo de casi tres décadas de esfuerzo continuado.

Otra «obra cumbre» de su bibliografía, como la califica Enrique Toral Peñaranda, es El Personero, portavoz y defensor de la comunidad ciudadana, en la que analiza esta importantísima figura de los concejos medievales del Alto Guadalquivir, que hasta el momento de su publicación en el año 2003 era prácticamente desconocida por los historiadores.

Aunque soy consciente de que dejo de citar muchos e importantes trabajos de Rodríguez Molina (son alrededor de 150), no quiero terminar sin hacer una referencia a su participación en los congresos que con carácter bianual viene organizando el Ayuntamiento de Alcalá la Real sobre Estudios de Frontera, en los que lleva el peso científico desde su instauración hace 15 años y han conseguido un gran arraigo y prestigio entre los estudiosos del tema. Fruto de esta relación tan estrecha con Alcalá es su monumental Historia de Alcalá la Real, realizada por un gran equipo de historiadores dirigidos por él y editada magníficamente en cuatro tomos, con diseño y maquetación de otro de nuestros invitados de honor a esta cena, Pedro Cruz Casado.

Por último, deciros que José Rodríguez Molina, se siente jiennense, aunque no por nacimiento, sí por el trabajo a tiempo completo que desde hace casi treinta y cinco años realiza sobre las gentes de esta tierra. También, porque aquí nacieron sus tres hijos, Pepe, Paco y Juan Pablo, hoy ya hombres y licenciados, de los que se siente muy orgulloso, y, porque, en definitiva, en esta tierra siempre se ha sentido bien acogido y ha pasado

los años más felices de su vida. Pepe también es un enamorado de la naturaleza, especialmente de la montaña, que es algo consustancial a su vida y a la que acude regularmente para renovarse y tomar nuevos bríos con los que seguir su tarea. Pero lo que más le gusta es estar con sus amigos, a los que cuida y frecuenta siempre que puede. Pues bien Pepe, aquí tienes a tus viejos y nuevos amigos de Jaén. Bienvenido a esta confraternidad de los Amigos de San Antón.



Y se hablaba, como no, de nuestro invitado de aquella noche y ya amigo de honor, José Rodríguez Molina. Realmente fuimos «unos cuantos» los alumnos y alumnas del Colegio Universitario de Jaén que, orientados por sus enseñanzas, por su particular modo de estudiar y entender la Historia con mayúsculas, por la forma en la que puso en nuestras manos la llave para abrir aquella habitación cerrada, insondable y oscura con la que puede compararse un texto escrito con caracteres cuya simple identificación se desconoce y por lo tanto resulta imposible su lectura, pero sobre todo por su infinita paciencia, los que comenzamos a vislumbrar una luz en medio de la oscuridad que en segundo curso de carrera representaba para nosotros todavía los estudios de Geografía e Historia. Pepe fue la persona animosa y constante, más que el profesor, que nos instaba a seguir adelante siempre; corrigiendo cuando era necesario pero siempre sin censura. Con la distancia que imponen los años y



Vicente Oya, María Isabel Sancho y Pedro Jiménez Cavallé

con la *perspectiva histórica debida* no creo errar si digo que fue el profesor que, sin hacerse notar, recondujo nuestra particular y no siempre clara visión de la Historia.

Fue en el ambiente ligado a los estudios de Geografía e Historia, el de aquel Colegio Universitario que aspiraba a convertirse en Universidad, dónde se fraguó nuestra primera relación con José Rodríguez, fortalecida por el seminario de Paleografía, incrementada años más tarde de una manera u otra por nuestras investigaciones y consultas. Al encontrarnos esta noche en la plaza de San Francisco y saludarnos me pareció que no había pasado el tiempo... y han pasado ya más de veinte años.

Y con esta evocación, y aunque no lo anoté en el bloc azul, no se me olvida decir que don José Rodríguez Molina no se volvió aquella noche a Granada sin la orla enmarcada que lo acredita como miembro de honor de la Asociación Amigos de San Antón. Así que, como puede fácilmente imaginarse, nuestro recién incorporado Amigo recibió su título, aunque un poquito más tarde de manos de Luis Coronas Tejada.

Los recuerdos de aquel Colegio Universitario sirvieron también de acicate para que dentro de un marco teórico pero también práctico Juan Antonio López y yo nos relatasemos nuestras impresiones y experiencias en el mundo universitario, como alumnos que fuimos en el pasado y como profesores tutores de la Uned, que hemos sido. Y para que, junto con Ángel Aponte, recordáramos también el entusiasmo y la curiosidad compartida con la que nos enfrentamos a nuestras primeras experiencias en el mundo de la investigación histórica. Como decía Ángel no había unas jornadas de estudios en la provincia y más lejos o un Congreso de Historia en La Carolina que se nos resistiese. Allí íbamos, a comunicar aquellos frutos de nuestra experiencia cotidiana en los archivos, a intercambiar datos con otros investigadores, jóvenes como nosotros, o maduros y consagrados.

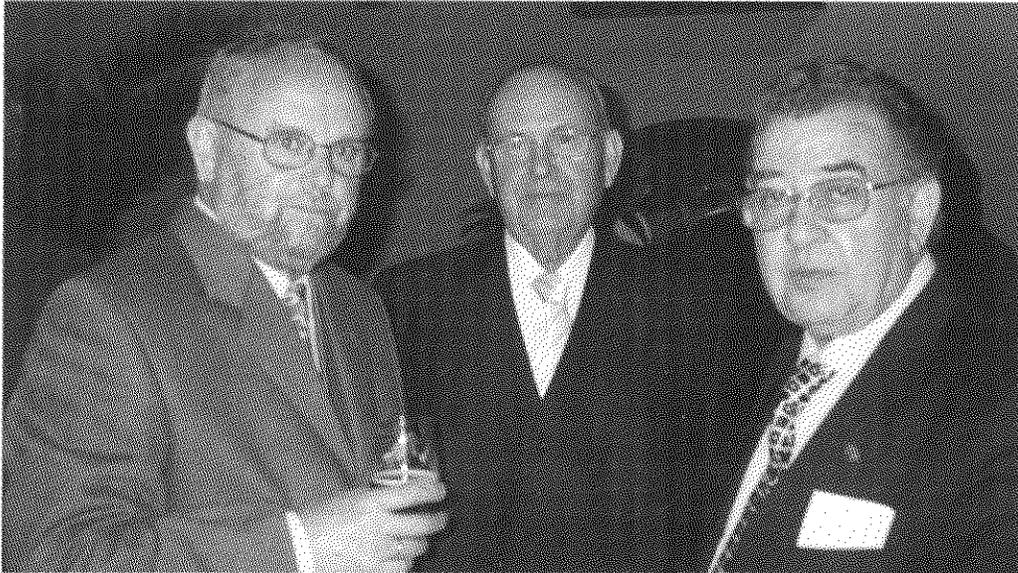
Disfrutaba Antonio Martos con esas chispitas de alegría que se reflejaban en nuestros ojos al recordar aquel ambiente de camaradería, de discusión, de ayuda, y de ánimo ante la desazón, que también se



José Rodríguez Molina recibe de manos de Luis Coronas el título de Miembro de Honor

experimentaba en ocasiones, por un trabajo insatisfactoriamente concluido o incompleto. Por entonces aún no sabíamos que un trabajo de investigación siempre queda abierto y no se termina nunca. Recordaba Antonio Martos con nosotros, animados por los recuerdos de juventud, sus particulares vivencias cuando él tenía esa edad que recordábamos y nos contaba su experiencia con un capitán, y con un caballo, y con otro soldado que ambos conocemos en el Regimiento de Caballería de Sevilla... y se nos escapaba una media sonrisa.

Y mientras andábamos con la cerveza, el vino, las patatillas, el lomo embuchado y el caballo otros maestros, en otro oficio distinto al nuestro, no dejaban de preocuparse por la marcha de sus equipos respectivos. Corría el tiempo para el encuentro de fútbol que se disputaba y aumentaba un poquito la preocupación y la expectación.



Manuel Kayser, Francisco Cano y Miguel Calvo

En otros corrillos se hablaba de la integración de Jaén en la red de juderías españolas y de los pasos dados en ese sentido por el Ayuntamiento de Jaén y de los que aún faltaban por dar. Se hablaba de lo que cada uno pensaba o sabía de aquella judería sólo existente ya en los exiguos documentos localizados o bajo la cimentación de las casas y calles del antiguo barrio de Santa Cruz, nombre con el que se distinguiera la iglesia creada en las dependencias de la clausurada sinagoga hasta que ésta fuera sustituida por una iglesia de fábrica nueva en el primer tercio del siglo XVI. Se hablaba de estas cuestiones con la participación y la mirada atenta de Luis Coronas cuya autoridad en la materia es indiscutible.



María José Sánchez, José Rodríguez Molina y Luis Berges

Tampoco faltaba en las conversaciones alguna alusión a los actos conmemorativos del quinto centenario del presunto nacimiento de Andrés de Vandelvira. Algunos de los actos programados resultaban de gran interés por lo que suponían de posibilidad para reactualizar los conocimientos sobre este gran maestro del Renacimiento. Los actos se desarrollaban en diferentes poblaciones ligadas a la vida y obra del artista, comenzando por su pueblo natal, Alcaráz, y terminando por la propia Jaén donde una exposición y un congreso junto a la realización de una escultura pública destacaban como actividades más sobresalientes.

Y al hilo de los comentarios sobre Andrés de Vandelvira se siguió hablando de arquitectura y de arquitectos y así fue como preguntamos a Luis Berges por la monografía que prepara sobre la obra de su padre, el también arquitecto Luis Berges Martínez. Luis nos comentó que estaba casi concluido a falta de algún material. Y se revela muy interesante este libro porque según nos ha contado su autor en varias ocasiones recogerá obras muy poco conocidas de su padre y realizadas en otros lugares de la geografía española.

Como ocurre cada año, poco después le tocó el turno de palabra a nuestro invitado de aquella noche y amigo recientemente incorporado que, con su entusiasmo habitual y su tono cálido, agradeció vivamente el honor que recibía.

...



Queridos amigos:

Mientras me encontraba en Alcalá la Real, atareado en la celebración de los VI Estudios de Frontera, recibí la llamada de mi buen amigo Juan Cuevas, avisándome de que estaba a punto de llegar para pasar un rato en mi compañía. En una de mis frecuentes salidas de la Sala de Ponencias quedé gratamente sorprendido por su presencia y la de Pedro Casañas, que le acompañaba.

Nos invitamos en un Bar próximo y mientras cambiábamos impresiones, Pedro me entregó una carta sellada con cera, indicándome que leyera su contenido. El folio apergaminado desgranaba en un simpático estilo jocoso-medieval la determinación tomada por los Amigos de San Antón de aceptarme en su seno como uno más de ellos. La espontánea y franca oferta de amistad, que se ratificaría en la tradicional y entrañable cena jocosa, suscitó en mí un profundo sentimiento de satisfacción y agradecimiento. Me sentí sinceramente honrado con aquella espléndida invitación y, como no podía ser de otro modo, acepté emocionado el acto de generosa e inapreciable amistad.

Significaba mucho para mí que el grupo de jiennenses más auténticamente ligados a la tradicional cultura del Santo Reino me tendieran la mano, considerándome uno más de ellos. Pensé enseguida que encontraría en él numerosos amigos con quienes había compartido serias inquietudes y proyectos en el quehacer común de exhumar las raíces de la auténtica cultura jiennense, revitalizarla y difundirla entre todos los interesados en ella y con todos los medios a nuestro alcance.

Siempre envidié el talante de los Amigos de San Antón, caracterizado por su humanismo y respeto a todo y a todos. Es lo que comprobé siempre que tuve la suerte de intercambiar con ellos la exposición de algún tema de historia del antiguo Reino de Jaén. He observado con atención, que esos son los valores que les motivan a buscar la tradición y constituyen el eje fundamental de lo que consideran cultura. Siempre me he sentido acogido y a gusto entre ellos.

Aspiro a compartir con vosotros algo de vuestro noble talante. Con ese interés he vivido trece años en Jaén, desde aquellos inicios del Colegio Universitario Santo Reino, hoy Universidad de Jaén, y he seguido trabajando tras mi traslado a Granada. Temas y archivos jiennenses han aca-

parado durante ese tiempo mi tarea investigadora. En ese agradable camino os cruzasteis conmigo muchos de los que hoy sois miembros de la Asociación. De unos recibí excelentes orientaciones, de otros ayuda y de todos el calor de la amistad.

Aquellas fechas iniciales marcaron para siempre mi vida. La Historia de Jaén me agarró con tanta fuerza que, afortunadamente, me ha sido imposible desprenderme de ella. Son casi cuarenta años los dedicados ininterrumpidamente a ese quehacer. Mi traslado a Granada no ha significado más que el cambio de domicilio. Alumnos y conocidos se extrañan cuando les digo que nací en Granada. Todos me dan por jiennense y la verdad es que esa creencia me llena de orgullo. Jaén, sus hombres y tierras forman parte de mí mismo.

Ahora sois vosotros quienes me consideráis uno de vuestro grupo. Esto ratifica la creencia que hace que me sienta tan orgulloso de pertenecer a una tierra tan entrañable. El trabajo organizado y constante y las ilusiones que pongo en el estudio de la historia de esta tierra me pueden autorizar a crearme jiennense. Con frecuencia recuerdo el lema de los jornaleros del campo andaluz en los años de la República: «La tierra para el que la trabaja». Vosotros me hacéis evocarlo con vuestra acogida y reconocimiento. En Jaén me he formado como hombre, como profesional y como ciudadano. De esta tierra tengo imborrables recuerdos y he recibido inapreciables ayudas de alumnos, como Juan Cuevas, de compañeros de Universidad como Luis Coronas, de investigadores, como Pedro Casañas, de difusores de la Cultura, como Manolo Urbano Pérez Ortega, en las cuidadas ediciones de libros de la mano de Pedro Cruz, y de acertadas orientaciones de personas como el siempre recordado D. Manuel Caballero.

Ahora todos juntos me volvéis a dar un espaldarazo para seguir trabajando por esta tierra, trabajo que tanto repercute en nuestro enriquecimiento personal y cultural. Por eso no puedo terminar de otro modo que agradeciendo vuestra generosidad para conmigo con un caluroso abrazo.



Un generoso aplauso saludó las últimas palabras de nuestro amigo, como correspondiendo a ese abrazo entrañable que él nos prodigaba en su conclusión. Quedaba ya poco tiempo para la ocasión de inmortalizar gráficamente, y como cada año, la reunión de esta cena jocosa con la particular foto de familia y para, posteriormente, cambiar de escenario para dar comienzo a la cena. Se tomaban los últimos traguitos de manzanilla o de cerveza o de otras bebidas puras o *light*.



M^a Soledad
Lázaro Damas
y Juan
Antonio López
Cordero

Pero habrase dado cuenta el lector de que en esta crónica falta una cosa, la visita a la casa que nos acogía. Pues he de decir que este año no la hubo. Aunque doña Rosa Morales, en su calidad de gerente de la Casa Palacio de Villardompardo y representando al Patronato de Cultura de la Diputación, nos acompañó muy gentilmente a lo largo de toda la velada no se pudo hacer realidad el deseo de que se nos invitase a pasear y contemplar algunas de las habitaciones. Muy posiblemente, por razones de seguridad relacionadas con las actuales funciones de este antiguo edificio, administrativas, y museísticas, la visita se quedó sim-

plemente en ganas. No pasaron nuestros pies y nuestros ojos más allá de los espacios estrictamente delimitados por la necesidad por lo que ni subimos la escalera, ni admiramos la pequeña bóveda de su rellano, ni mucho menos paseamos por los salones donde se exhiben los pequeños y a la vez grandes tesoros del patrimonio etnográfico provincial. No vimos tampoco la colección de Arte Naïf donada por Manuel Moral a la Diputación y cuyos fondos integran este particular y sugestivo Museo. Tampoco descendimos a las particulares salas que conforman el baño árabe por lo que ni pisamos su suelo, ni paseamos por las estancias o salas que integraron este establecimiento ni dejamos divagar nuestra imaginación contemplando el perfil de sus bóvedas. Vimos y gozamos, eso sí, del patio de columnas y de la antigua iglesia de la Visitación que, hoy en día, se utiliza como sala de exposiciones y que aquella noche sirvió como improvisado comedor a los amigos y amigas de San Antón.

El reclamo para la fotografía se vio acompañada del barullo propio de estas ocasiones. Y nunca falta. La instantánea fotográfica es un momento único, irrepetible, por eso quizá genera cierto nerviosismo alegre que hace revivir los párpados algo caídos y agiliza las piernas para subir los peldaños que ayudan a dar una visión más amplia de todos los reunidos. El *vente pacá* o el *ponte tu allí que no sales* suele ser habitual en estos retratos corporativos –perdoneseme la expresión– que tanto me recuerdan los retratos de grupo de la escuela de pintura barroca holandesa, salvadas las distancias. Es cierto que nos diferencia, entre otras muchas cosas, el sentido del orden que, en nuestro caso, es a veces

confusión porque nos arrimamos para salir en la foto, pero nadie me negará que esos pintores y nuestros particulares fotógrafos tenían un objetivo común y lo cumplieron muy bien; representar con las mayores dosis de realismo posible la situación y el momento. Y el grupo. Aunque comparados con ellos, los Amigos de San Antón son multitud.

Pero mal haría yo mi crónica si no describiese los aspectos más interesantes de este palacio de Villardompardo que siempre me ha atraído a pesar del espíritu austero y frío que, en general, desprenden sus piedras y estancias. Y no lo digo por la temperatura que nos acompañó aquella noche sino porque, a juzgar por el legado del tiempo, no gastó mucho en lujos el Conde y no parece que, tras su estancia en América, volviese con un sentido más decorativo de los paramentos.

Durante la mayor parte de su vida don Fernando de Torres tuvo su residencia en el antiguo palacio del Condestable



Iranzo. Hacia 1580 el Conde decidió trasladar su domicilio a la calle de las Herrerías construyendo para ello unas casas de morada o residencia propias, independientes en un principio del mayorazgo familiar. En la citada calle, don Fernando era dueño de unas casas y de un baño, que solían arrendarse de forma conjunta. Posiblemente debió comprar alguna casa más para poder reunir un solar amplio en el que construir el palacio. Al parecer la única pega para su proyecto fue la existencia de un callejón, denominado precisamente *del baño*, que era de titularidad pública. El Conde no se lo pensó dos veces e incluyó el callejón en su solar, construyendo sobre el mismo y cediendo terreno de sus casas originarias a la calle más principal de las Herrerías. Aunque sostuvo un pleito con el ayuntamiento por esta cuestión, al final logró su objetivo. Las obras de construcción del palacio se documentan desde 1580 en adelante, fechándose su patio central en 1585. Precisamente es el patio, junto con la escalera que comunica con la planta superior, el espacio conservado de una manera más íntegra. Éste fue construido sobre el primitivo acceso a los antiguos baños siendo el eje ordenador del conjunto del

M^a Isabel
Sancho
Rodríguez,
Pedro
Alejandro
Ruiz y José
Rodríguez
Molina



M^a Soledad
Lázaro, Pedro
Casañas y
Pilar Sicilia

Edificio. El patio consta de una doble galería porticada, con arcos de ladrillo, sobre columnas de orden toscano en el piso inferior y de orden jónico en el superior. Sus dimensiones son comedidas y en torno a él se repartían las diferentes dependencias. El patio comunicaba mediante un zaguán dispuesto en un extremo con la calle. Su fachada fue realizada en piedra, sin ostentación alguna, por el contrario de una manera extremadamente sobria. Se divide en dos plantas además del piso bajo con cinco ventanales por planta y una sola puerta de acceso modificada cuando el edificio fue adquirido hacia 1794, para completar el edificio del Real Hospicio, creado en 1751 con las casas donadas por el obispo Fray Benito Marín y Rubio. Ello explica que sea la heráldica vinculada a este prelado la que presida la portada junto a las armas reales y que una placa junto a ellas reproduzca un versículo del libro de Isaías, alusiva a las funciones de asistencia benéfico-social que adoptaría el edificio.

edificio. El patio consta de una doble galería porticada, con arcos de ladrillo, sobre columnas de orden toscano en el piso inferior y de orden jónico en el superior. Sus dimensiones son comedidas y en torno a él se repartían las diferentes dependencias. El patio comunicaba mediante un zaguán dispuesto en un extremo con la calle. Su fachada fue realizada en piedra, sin ostentación alguna, por el contrario de una manera extremadamente sobria. Se divide en dos plantas además del piso bajo con cinco ventanales por planta y una sola puerta de acceso modificada cuando el edificio fue adquirido hacia 1794, para completar el edificio del Real Hospicio, creado en 1751 con las casas donadas por el obispo Fray Benito Marín y Rubio. Ello explica que sea la heráldica vinculada a este prelado la que presida la portada junto a las armas reales y que una placa junto a ellas reproduzca un versículo del libro de Isaías, alusiva a las funciones de asistencia benéfico-social que adoptaría el edificio.



Francisco Cano, José García, Ángel Aponte y Antonio Martos

Es muy posible que el palacio fuese trazado por el arquitecto Alonso Barba pues este maestro trabajó en diferentes ocasiones en las propiedades del conde de Villardompardo e intervino en la capilla funeraria que don Fernando de Torres tenía en la catedral de Jaén. De forma cierta se sabe que fue el diseñador de la reja de su capilla y, dada su vinculación a las obras catedralicias, es más que posible que también fuese el autor de la capilla en si.

Daban ya las diez y media cuando llegó el momento de dejar los aperitivos y pasar al salón, en el que se había aparejado una larga y amplia mesa cuya disposición acentuaba las dimensiones de esta estancia. Destacaba junto a cada uno de los servicios para cada comensal, una colorida jarra de cerámica, realizada en los alfares de Arjonilla, con fondo blanco lechoso y decoración en bandas horizontales a base de líneas rectas, onduladas y triangulares con un estilizado motivo vegetal en la panza. Dominaba el tono azul y se acompañaba de amarillo y toques de verde, ocre rojizo y negro. Una jarra de generosa boca y pico vertedor o escanciador como quiera llamarse.

Poco a poco localizamos nuestros puestos en la mesa, ayudados por la oportuna y orientadora tarjeta con nuestros nombres. Presidió el

Prioste la mesa y junto a él en un extremo Miguel Calvo, en tanto que en el extremo opuesto se sentaban Rufino Almansa y Antonio Martos. Con la conveniente e insustituible ayuda de nuestro Prioste he sido capaz de anotar la situación de cada uno de los comensales y así junto a Rufino se sentó Ángel Aponte, y junto a éste María Isabel Sancho, Pedro Alejandro Ruiz, Ángel Viedma, Juan Antonio López Cordero, Luis Coronas, nuestro nuevo amigo José



Rodríguez Molina, Juan Cuevas, Rosa Morales, Pedro Jiménez Cavallé, Pilar Sicilia, Pedro Cruz Casado, Antonio Casañas, Manuel Kaiser y Alfonso Parras. Frente a Alfonso y ya al otro lado de la Mesa se sentaban Julio Puga, Juan Espinilla, Arturo Vargas, José Casañas, Vicente Oya, María José Sánchez, Luis Berges, Manuel López Pérez, José María Pardo, yo misma, Fernando Lorite, José García y Francisco Cano.

Juan Antonio López y Ángel Viedma



«...la mesa tenemos puesta,
lo que se ha cenar junto,
la taza y el vino a punto,
sólo falta comenzar la fiesta...».

En la ciudad de Jaén y en la actual Plaza de Santa Luisa de Marillac, conocida anteriormente como Plaza del Hospicio de Mujeres y, más remotamente, como Plaza de las Herrerías, se levantó allá por el siglo XVI, a iniciativa de Don Fernando de Torres y Portugal, Virrey del Perú y Conde de Villardompardo, un cumplido y señorial edificio de severa y sencilla fachada y hermoso patio porticado, asentándose todo el conjunto sobre un baño árabe, que era conocido como Baño de Alí.

Pasado el tiempo y ya adentrados en el siglo XVIII, allí se estableció el Real Hospicio que, ya mediado el siglo XIX, se puso bajo la tutela de la Beneficiencia Provincial, situación en la que ha permanecido hasta bien mediado el pasado siglo.

En la actualidad y tras las excelentes obras de consolidación y acertada restauración, comprende todo el amplio conjunto, los Baños Árabes, el Museo de Artes y Costumbres Populares y el Museo Internacional de Arte Naïf, a más de las dependencias del Área de Cultura y Deportes de la Excm. Diputación Provincial.

En sus estancias principales y por generosa y desprendida dejación que para el caso ha tenido a bien hacer el Ilmo. Sr. Diputado Provincial de Cultura y Deportes, Don Marcelino Sánchez Ruiz, celebra la Asociación Amigos de San Antón, la XVIII edición de su tradicional Cena Jocosa o de Santa Catalina, en la noche del sábado día 19 de noviembre de 2005.

Minuta

Minucias de recepción

Almendras saladas / Patatas de Paco
Garbanzos tostados / Aceituna moradilla

...

Jamón Serrano
Queso Manchego
Lomo embuchado

...

Cerveza Cruz Campo / Manzanilla La Guita
Refrescos varios

Cena

Consomé

...

Salmorejo con jamón

...

Bacalao encebollado con guarnición de espinacas

Postre

Tocino de cielo

Bebidas

Tinto «Matahermosa» (Frailles)
Blanco «Torregil»
Agua mineral

Sobremesa

Anís Castillo de Jaén y Crema de Café de las
Destilerías de Ángel Tirado

A las once menos cuarto parece todo dispuesto para que José Casañas realice su particular bendición de la mesa. Mientras esperamos el toque de campanilla, que no tardará en hacer sonar su tintineo, echamos un vistazo al menú de la cena que comienza con un entonador consomé. Y es que viene bien un caldo porque el salón donde nos encontramos es también un poco frío. A continuación se ha previsto un salmorejo con jamón y por último un bacalao encebollado con guarnición de espinacas. Copiosa cena la que nos aguarda que incluye como postre un tocino de cielo. Suena la campanilla y José se levanta dispuesto a recitar su letrilla de San Antón. Se alegran algunas expresiones con unas pícaras sonrisas mientras los comensales más cercanos insinúan que el *pater* trae este año otra oración. Lo cierto es que se echa mano al bolsillo de la chaqueta y este gesto logra que otros más distraídos centren su atención en la novedad. Pero iniciada la primera frase... las dudas quedan disipadas y es la letra de siempre la que acompaña el comienzo de esta cena. Y no podía ser de otro modo. Aunque ello no evita que, como todos los años, salte la chanza y se escuche aquello de *Pepe todavía no te la has aprendido...* forma parte del ritual.

Mientras se desgranán los minutos primeros de esta cena alguna mirada resbala en las paredes, en el techo, en el púlpito de forja y en el breve coro de esta estancia sobria. A esas miradas curiosas se une la mía. El salón donde nos encontramos es hoy un espacio secularizado destinado a la cultura, y esta noche a la gastronomía y a la amistad, pero tuvo en el pasado otra función. Cuando a principios de siglo, en 1901, la

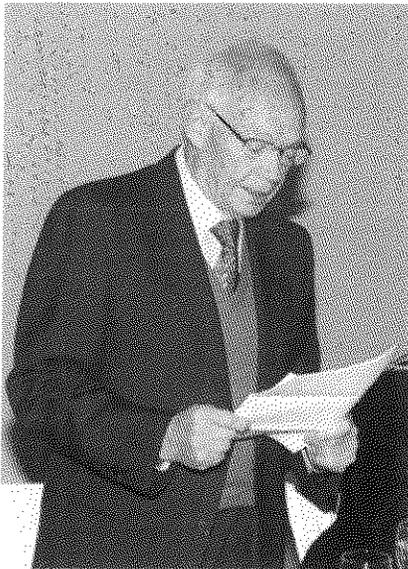


Fernando Lorite, Mª Soledad Lázaro y José Mª Pardo

Diputación Provincial se hizo cargo de este edificio se consideró oportuno construir una capilla o iglesia junto al palacio, incrementando la extensión de su fachada. La construcción se realizó en el solar generado por la demolición de dos casas de traza modesta y situadas sobre dos de las estancias o salas de los baños. Consagrada bajo el título de iglesia de la Visitación sirvió como capilla propia del Hospicio de Mujeres lo que ayuda a explicar el espíritu austero presente tanto en la sala que nos acoge como en la fachada, coronada por una espadaña. Como tal iglesia o capilla funcionó durante gran parte del siglo, siendo clausurada hacia 1970, siguiendo el destino del antiguo Hospicio.

Hoy en día, esta amplia crujía se ha convertido en un espacio expositivo, yo diría que ejemplarizante. Y aclaro lo que digo. ¡cuantas iglesias monásticas abandonadas a su suerte o utilizadas como cocheros podrían seguir el destino de esta antigua capilla y recuperarse!

Casi cumplido está el consomé cuando un nuevo toque de atención a las once de la noche nos avisa de la primera intervención. Corresponde a Luis Berges quien, poniéndose en pie, saca unos folios doblados y nos hace participar durante unos minutos de sus recuerdos, de sus vivencias, y nos hace imaginar aquella casa en la que vivió, las calles en la que jugó cuando era un niño, a su maestro... con emoción y con las palabras precisas recreó los oídos de los que allí estábamos con el recuerdo de sus impresiones precisamente en el entorno cercano a este palacio. Luis vivió en la calle Martínez Molina y conoció un barrio muy distinto al de ahora.



Queridas amigas y queridos amigos:

En cierta manera, un tanto obligado me siento a leeros algo. Porque resulta que vine a nacer muy cerca de donde esta noche estamos; a la vuelta de la esquina que se dice, y nunca mejor dicho.

Porque mis padres, tras haberse casado allá abajo, precisamente en el Sagrario, donde correspondió en función de la novia, subieron a vivir, en 1923, al número 154 de la calle que decían del Dr. Martínez Molina.

A una casa que con marcado descaro miraba a ese remanso final de la vía pública que, careciendo antaño de específico nombre, ahora llaman Plaza de las Herrerías. Allí donde desembocaba una calle que, como criaturas de Dios que son, dedicada a ellas tenían Las Moscas; calle que acabó siendo de San Blas, el de las rosquillas de garbanzos para alivio de carrasperas, picores y otros males de la gola, por mucho que se ponga en duda.

Desde aquel espacio, como prólogo callejero, se pasaba al gran vestíbulo desde donde avizar mejores casonas y severos palacios. A la plaza que decían del Hospicio, como igualmente antaño se llamó, tras jubilarse sus herreros, hasta que por algún concejal supongo, cursi él y dispuesto a modernizar las cosas, consiguió fuera designada de Santa Luisa de Marillac, que si probáis, bien difícil de pronunciar, por cierto.

No tuviera Jaén, en toda su historia, barrio como éste. Un barrio que por tener, tenía de todo, muy singular y muy propio; raudal de cristalinas y potables aguas, donde severas y marmóreas túnicas romanas se reflejaban; su mezquita para sus fieles y su iglesia para los infieles; palacio para un cadí y casa para un alférez; una calle para la cuna y otra para la Ropa Vieja; y otra más para el Duende, cuando hartado de vagar en el claustro de Santo Domingo sin que nadie le dijese ni buenas noches, salía un rato de su claustrofobia; un callejón para las Viejas y otro para las Lavanderas; Hospital y Hospitalico; convento y beaterio; fuentes y conde; baños y condesa. Y si universidad no tuvo, por el canto de un maravedí aquello fue.

Un barrio éste de La Magdalena acomodada en su bajorrelieve; muy suyo, muy metido en sí mismo y en propios afanes, barrio bullicioso y siempre en cuesta, respetuoso con los demás barrios que le pillaban a trasmano. Barrio brillante de soles que discurriendo por sus blancas y modestas fachadas iba dejando tras sí un rastro de dentadas sombras bajo los aleros. Un barrio, en fin, donde cada calle olía a lo suyo: a pan caliente y madrugador, a hollín de fragua, a fresco serrín, a cuero de animal, a ramón en corral de cabras, a puchero toda la mañana borboteante, a humedad de verdines sobre la rancia piedra.

Me vinieron a bautizar en la iglesia de San Juan Bautista, la del barrio de al lado, iglesia auxiliar de la parroquia de San Pedro, al decir de la partida de nacimiento. Me cristianó don José Sérvulo; casi de la familia debía ser, a juzgar de los mayores que lo conocían como Pepe el cura, que estuvo toda su vida viviendo en la calle Maestra Alta, después nombrada de Almendros Aguilar.

En mi bautizo, poca gente: don José y yo; mis padrinos que lo fueron mis tíos Cándido y Micaela, hermana menor de mi padre y guapa

como ella sola: Y de testigos los de la casa: Pedro Navalo el sacristán y Miguelillo Sánchez, monaguillo recién incorporado. Ah, mi padre también estuvo.

A aquella iglesia, primero le quitaron lo de Bautista para cambiarla de Juan; y para dejarla más abreviada, más tarde sus hermosas bóvedas de crucería y terceletes, para seguir con su abreviamiento. Una pena lo de mi iglesia.

Otra casa número 154 de la calle del Dr. Martínez Molina, casa jaenera como muchas, pertenecía a la familia de los Bago, de no se que forma emparentada con mi madre. Tenía aquella casa tres pisos, a saber: bajo, principal y segundo; su puerta con su portal, dos ventanas enrejadas que la flanqueaban, tres balcones de breve pero volada repisa con antepecho de hierro, de hierro de balcón que se venía a decir, Y por último, tres vanos en todo lo alto, que abrían los terrados y cámaras a golondrinas y vientos. De lo que por dentro guardaba aquella casa, algo también me acuerdo; retazos son como hojas rotas de un cuento infantil, en las cuales se adivinan un patio de columnas y umbrías, unos pinos peldaños a una bodega, que tenía un pozo con bomba de mano. Y una inmensa escalera que ocupaba el centro de la casa, repartiendo galerías y ascendiendo en un prodigio de tramos, mesetas, barandas, pasamanos y pilarotes, todo ello en madera de primor e ingenio de carpintero.

Y al fondo de un pasillo, la cocina enorme con poyos, campana y fogones debajo. De la última planta, el recuerdo fugaz de una habitación de paso donde me acostaban, la cuna de barandillas y el suelo de baldosas de dibujos, que la luz de la luna iluminaba, tras haberse colado por los abiertos postigos de un balcón.

De día, desde él me asomaba a la calle tendida bajo mis pies, atraído quizá por las indescifrables voces de un pregón. Al fondo, frente a mí, la imponente y desnuda masa rocosa de la cumbre del cerro de Santa Catalina, que parecía aplastarme; y en su ladera, una manada de cabras de muchos colores, lejanas, diminutas, puntos que con parsimonia se desplazaban en silencio, y en silencio desaparecían tras los tejados.

Aún, otros recuerdos más. El de los pajes y sus Reyes Magos, que por unos instantes daban luz a la habitual oscuridad de la calle. Bien cargados de juguetes, la cabalgata subía hacia el Hospital y los dos Hospicios.

Veo a un rey barbudo, acercándose a caballo a una de las ventanas, dándome un caramelo y, con ceceante hablar, cambiar saludos con mis padres, que me aupaban tras los barrotes. Un ceceo inconfundible que, años después, volví a ver en el instituto de la calle Compañía, en

clase de Gramática Española con aquel inolvidable profesor don Antonio Alcalá Venceslada.

En aquella casa tan jaenera, semanalmente irrumpía la imponente figura de Ramona, la lavandera. Peinada con moño, vestida de negro y con delantal de immaculado blanco, consigo traía una enorme canasta de mimbre, que crujía conforme ajustaba en ella la ropa que mi madre le contabilizaba. Luego, cargándosela sobre su inmensa cadera, al lavadero público se iba con ella.

A veces, me llevaba con ella, tras convencer a mi madre, cogido yo de un pico de su mandil. Así llegábamos hasta un patio, para mi inmenso, atrayente sin saber por qué, donde a un largo pilón central, de agua ya opaca de jabón, lo rodeaban mujeres arrodilladas en su entorno, que se hablan a gritos, mientras golpeaban la ropa contra el redondeado borde de piedra o contra el agua. Patio que, con el tiempo, abandonó su hermetismo, dejando descubrir su primigenio y secreto encanto.

* * *

De aquel nebuloso mundo del recuerdo, no guardo mucho más en mi memoria. El resto debió quedarse en aquella casa, allí roto como un juguete, tras ir a vivir a otro barrio, a otra parte. Al número 11 de la calle Juan Montilla, luego Ruiz Zorrilla y Carrera de Jesús, según convino, de donde salía aquel coche que bajaba a la estación por el solitario viajero o llevaba a las señoras a los Baños de Jabalcuz. A un costado de aquel severo y bien conformado edificio del Ayuntamiento, antes que fuera revestido como fallera mayor. A otro horizonte nuevo, amplio, impresionante, al de la plaza de Santa María, que se cerraba con la blanca mole del Palacio del Obispo por un lado, al fondo por el Portalillo con su $6 \times 4 = 24 = 6 \times 4$ campeante sobre él; la relojería de Las Heras, la sombrerería de Cámara, la tienda de telas y el estanco con don Cándido Carpio, sacerdote, sentado dentro. Y al otro costado, la grandiosa majestad de la impávida Catedral, por cima de siglos y de avatares terrenos, en aquel abierto escenario de la Plaza, centro de la obra escénica que los giennenses representaron en otros tiempo; en otra ocasión, igualmente de mi niñez, otra nueva etapa que comenzó en el recuerdo con el recuerdo de mi padre, clavando con chinchetas en las paredes de nuestro cuarto de juegos, unos carteles traídos de una exposición muy importante que dicen hubo en lejano sitio llamado Sevilla.

Pero ya no os cuento más; porque, lo demás ya compondría otro infantil cuento.

Muchas gracias por vuestra amable atención y, que caray, bienvenidos a mi barrio que es el vuestro.



La intervención de Luis fue seguida por un merecido aplauso. Nuestro amigo Luis no sólo está vinculado por su infancia a este barrio sino también por su trabajo pues hemos de recordar que, durante algunos años, se enfrentó a la polémica tarea de restaurar los baños árabes de Jaén. Lo poco que se sabe de estos baños desde el punto de vista histórico ha hecho que tradicionalmente hayan sido relacionados con el baño donde fuera asesinado un rey de Jaén, Alí. Lo cierto es que este baño se encuentra muy próximo al monasterio de Santo Domingo, orden religiosa que recibió para su instalación en Jaén un antiguo palacio musulmán. Al parecer, y en algún momento de su historia, el primitivo baño musulmán quedó despojado de sus funciones originarias para ser utilizado como tenería, destinándose a este menester la sala templada. Parece ser que este proceso pudo producirse hacia el siglo XIV, cuando la ciudad integraba ya el reino de Castilla. El baño contaba con los elementos necesarios para instalar una tenería y, sobre todo, de agua. A pesar de la tradición existente en Jaén en el curtido de las pieles, esta tenería dejó de utilizarse y pasó a recuperar el edificio del antiguo baño



Pdro Cruz, Pilar Sicilia y Pedro Jiménez

sus funciones originarias. Estas son las que tenía aún en el siglo XVI y de forma concreta cuando don Fernando de Torres y Portugal procedió a construir su palacio. Se sabe, a través de las actas de cabildo de la ciudad de Jaén, y como he referido antes que para incrementar el solar de su propiedad el Conde ocupó «*la callejuela del baño*», denominación expresiva de su función en aquellas fechas.

Lo que si es cierto es que esta nueva construcción sumió al baño en el olvido durante siglos al ser aprovechados sus muros como cimentación y algunas de sus salas como bodegas de la nueva casa. No alteró esta situación los usos posteriores del edificio, casa-cuna, hospicio...



M^a José Sánchez, Vicente Oya y José Casañas

hasta que un buen día don Enrique Romero de Torres visitó Jaén en 1913, cuando realizaba el Catálogo Monumental de la Provincia de Jaén, y descendió a las bodegas del edificio con su bloc de notas, alentado por los comentarios del deán D. José Martínez de Mazas que, en su inigualable *Retrato de Jaén*, aportaba la pista para su ubicación. Así fue como Romero de Torres descubrió la verdadera identidad de aquellas dependencias. La prensa se hizo eco del descubrimiento aquel mismo año y, en especial el periódico *La Regeneración* y la revista *Don Lope de Sosa* que, en su número de diciembre, no sólo dedicó un artículo al tema sino que además reprodujo algunas de las primeras fotografías tomadas a los baños. Pero habrían de pasar muchos más años para que, finalmente, los baños fueran declarados en el año 1931 Monumento Histórico-Artístico. Pasarían algunos más antes de que comenzasen las oportunas obras de restauración, o mejor dicho de desescombros y limpieza, bajo la dirección de Leopoldo Torres Balbás y Luis Berges Martínez, padre de nuestro



Arturo
Vargas-
Machuca,
Juan
Espinilla y
Julio Puga

acompañado al año siguiente de un magnífico galardón para su arquitecto-restaurador, el premio *Europa Nostra* mediante el cual fue reconocido el trabajo desplegado por Luis Berges Roldán.

Y tras la intervención de Luis, centramos de nuevo la atención en nuestros platos, dando cuenta del salmorejo con jamón. El ambiente de la mesa era relajado y tranquilo mientras las conversaciones se sucedían sobre la actualidad más cercana y reciente, en ocasiones en este mes de noviembre indeseada y cruda. Pero también había otras cuestiones comunes e interesantes a algunos de los comensales reunidos pues había elecciones al día siguiente para gobernador de la Santa Capilla. Se hablaba de todo un poco hasta del poder de las comunicaciones y del correo electrónico que algunos nos intercambiamos, o mejor dicho memorizamos mientras pudimos y después apuntamos. Y es que el correo electrónico es una maravilla que te sorprende por su agilidad y rapidez y que te contraría cuando los *spam* comienzan a llegar y nunca se ve el día en que se acaben.

Creo que debían ser cerca de las once y media cuando desviamos la atención de los platos y dirigimos nuestra mirada, un tanto curiosa, hacia nuestro prioste que, con un expresivo gesto y sonido, de muñeca y campanilla se entiende, nos indicó una nueva intervención. Fue esta vez Miguel Calvo Morillo quien levantándose desde la cabecera de la mesa, avanzó muy diligentemente y, sin dudarlo, comenzó a subir despacio y decidido los peldaños del púlpito de forja que, en otros tiempos, sirviese a la antigua iglesia de la Visitación para hacer más audibles las predicaciones y los rezos. Y mientras, los comensales sonreían ante la ocurrencia de Miguel porque ¡a quien si no iba a ocurrírsele!. Miguel devolvió su funcionalidad original a un mueble que, tan atrayentes ejemplos artísticos ha dejado en el patrimonio giennense aunque, ¡claro!, con

Amigo. Fatídicamente estas tareas comenzaron en el año 1936 por lo que quedaron paralizadas con el comienzo de la Guerra Civil.

Hospicio y baños siguieron conviviendo hasta que en 1970 se clausurase el Hospicio de Mujeres y comenzasen las definitivas obras de recuperación y restauración. El verano de 1984 marcaría el final de las obras que vino

un cambio de registro y de mensaje más apropiado a las circunstancias que allí nos reunían. *Retruécanos en re mayor* era el título que encabezaba los que allí escuchamos y nos hizo sonreír gratamente y yo fielmente transcribo:

«Señor Prioste, cofrades de la Confraternidad 'Amigos de San Antón'. Buenas noches y gracias por escuchar mis palabras en este edificio multifuncional: Baños Árabes, Palacio del Virrey de Perú, Hospicio, y hoy Museo de Artes y Costumbres Populares y Museo de Arte Naif.

El retruécano también conocido por el galicismo 'calembour' es una ingeniosidad, y consiste en usar varias palabras, pero variándolas de significado para producir un efecto ingenioso.

Por causas ajenas a mi voluntad no participé, con todo el dolor de mi estómago y las amistosas palpitations de mi corazón, por no compartir vuestra generosa amistad en las dos últimas Cenas Jocosas o de Santa Catalina de los años 2003 y 2004, y bien que me pesa; pues, en la última, mi pluma no concurrió a las páginas de las ya codiciadas y famosas CRONICAS DE LA CENA JOCOSA O ANALES tan renombradas como las que escribiera allá por el siglo IV Eusebio, obispo de Cesárea.

En la crónica del año 2001 que se celebró en la Colegiatura Legal de Alarifes de Jaén, que en cristiano quiere decir Colegio de Arquitectos de Jaén. En aquella ocasión andaba un tanto quebrado de salud y tuve que concurrir con mi cayada por tener enferma la rodilla, no de incarla, pues solo mis hinojos son para el Santísimo Sacramento allá donde estuviera expuesto El y yo presente.

'MEMORANDUM PARA DIVAGAR SOBRE LETRAS (no de cambio) HECHOS Y PALABRAS' fue el rimbombante título de la plática, en el mencionado año, y que forman cuerpo de la CRÓNICA, que compuso con una gran pulcritud y veracidad Rufino Almansa Tallante.

Entonces dije que no apuraba el tema, pues siguiendo las Sagradas Escrituras, en el árbol hay que dejar algún fruto, como ofrenda a Yavé o por si algún caminante, que tuviera necesidad, pudiera coger los que necesitara.



Miguel
Calvo Morillo

Ahora al volver resulta que los frutos quedaron en las ramas, concretamente, los destinados a los caminantes, los de Yavé cayeron sobre la tierra germinando para hacerse árboles feraces y frondosos.

Pero antes quiero aclarar que en la cena de 1997 hablé de nueve diccionarios, cinco de la lengua española, el de Alcalá Wenceslada, dos de latín y uno de griego. Pues, bien, la familia ha crecido y en vez de nueve tengo doce, dos más, uno de italiano y el famosísimo de María Moliner, donde se habla de escritura escrupulosa o de comas enfáticas capaces de transformarse en punto y coma. Pues bien en el árbol antes mencionado he recogido algunas palabras de las que había dejado, no todas, aún quedan vocablos cuyo significado aclaro:

SERENATA: lo que le dijo la novia al novio para atraparlo.

ANILINA: Las hijas del droguero de mi pueblo.

SIMEÓN: ¿Yo? Si, meón, tu hiciste en la esquina del jardín aguas menores.

TEMARIO: El señor, en Londres, a las cinco de la tarde: «El té Mario».

ZARAGOZA: Joven mora en brazos de su novio Alí.

ALICANTE: Lo que le dice el sultán al novio de Zara. Alí cante un zéjel.

PEANA: Sin comentarios.

Este otro vocablo lo dedico a los alarifes presentes en la sala.

ARTESONADO: Orfeón Santo Reino dirigido por Pedro Jiménez Caballé.

Y éste para los sacerdotes que comparten mesa y pan con nosotros.

CASULLA: Era un cura tan pobre que por no tener casulla decía misa con la «ca» de otros.

* * *

Y termino con el tema esencial de mi perorata: los Retruécanos en Re mayor.

Dice el Diccionario de Autoridades: RE. Partícula que en composición, regularmente aumenta y reduplica la significación así del nombre como en verbos, como de Lleno Relleno, de Clamar, Reclamar.

Y RE: Voz de la música, que sube un punto más que el ut. Don Francisco de la Torre: Traducción de Juan de Oven:

*Ut, re, mi, fa, sol la alegre.
Cuando sube el uno canta,
La, sol, fa, mi, RE ut triple.
Dice el otro cuando baxa.*

Hace referencia a la escala cromática musical de seis notas, falta la si, aclaro que esto se escribió en el año 1737.

Para mi, la RE es un ser excepcional una cosa como E.T. el famoso y encantador extraterrestre. La RE es la R de regalo y la E de especial.

Dice un proverbio suizo: LAS PALABRAS SON COMO LAS ABEJAS: TIENEN MIEL Y AGUIJÓN.

Así que sin más preámbulos comenzamos.

Y lo hago con una paranomasia, palabras semejantes que sólo varían en una vocal:

RE-PASO; RE-PESO; RE-PISO; RE-POSO y RE-PUSO.

Diré que mi labor en este caso es dar nuevas definiciones a las palabras seleccionadas que no tienen nada que ver con las que da el Diccionario de la R.A.E.

RECITAR: Lo que hace el señor Prioste todos los años a principios del mes de noviembre para que acudamos a la Cena Jocosa.

REFAJO: Fajo o talego de billetes de 500 euros que cada año reciben los capos de la droga y los que usan la política para medrar.

REGENTE: Muchedumbre, gentío. Había un regentío.

REMISA: Función religiosa en el templo parroquial del pueblo el día de la Virgen, patrona del mismo, oficiada por tres capas, orador sagrado, y misa de Palestrina interpretada por el Coro del pueblo y la Banda de Música local. La misa dura casi dos horas.

REVELAR: Estar una noche en tres velatorios seguidos.

Verán que no guardo orden alfabético, no consulté mis diccionarios, esta es una labor incongruente, durante un año conforme me venía las pasaba a un bloc.

RETIRO: Parque de Madrid, la traída de agua al estanque se sufragó con los maravedises que pagó Torreperogil para independizarse de Úbeda. También negro con pistola apretando el gatillo.

RECHIFLAR: Lo que hacen los malos árbitros de fútbol. También *RECHIFLADO*: Persona mas ida que un garbanzal.

REGATO: Tigre, lince, leopardo o gato grandísimo.

REZAR: Iván "el terrible", el gran zar ruso.

REFRIEGA: Relimpia. Tiene otro significado: Pregunta el juez a la gitana, en el juicio. ¿Ud. fue la que recibió las dos puñaladas en la refriega? Ay, miuste, señor jueh, lo que se dice en la misma refriega, no; dos cuartas más arriba.

RELÁMPAGO: Hombre nervioso que antes de ser servido ya está pagando.

RETOÑAR: Vivir plenamente el otoño.

REANUDAR: Lo contrario de desnudar, por cierto esto es lo que harían griegos y romanos al desvestirse, quitar los nudos de clámides, estolas, peplum, togas, clámides, etc. Reanudar, vestirse.

REEDIFICAR: Construir en el casco antiguo de las ciudades.

REVOLCAR: Caer por un terraplén con el coche puesto, o derribar a la parienta, por ejemplo, en un pajar.

RETUMBAR: Censurada por tener dos rombos.

RELUMBRE: La de la Alcantarilla, la víspera de San Antón.

RELLENO: Vaso lleno hasta el borde y a punto de rebosar hay que beberlo de una forma denominada a barba tendía.

REYERTA: Re cadáver.

REBECA: Ayuda escolar que comprende matrícula, estancia en residencia estudiantil y gastos de viaje.

REAL: Primorosa moneda de metal blanco que se acuñó en 1927 Alfonso XIII; 1934, II República y 1937 Gobierno de Burgos, dicha moneda tenía un agujero en el centro para mirar por ella. En algunas épocas servía para adornar cinturones y otras prendas de cuero. En Jaén fue famoso el poeta Diego Sánchez del Real, señor de Advinge y del Olivismo.

RELATA: la que dan en los campillejos de todos los pueblos y ciudades las bandas de cornetas y tambores ensayando para la Semana Santa.

REVUELTA: Er.

Diré que *RE* (Mi regalo especial) *Re-pesca, Re-para, Re-pule, Re-baja, Re-pinta, Re-cuerda, y pare ud. DeRe-contar. Todo esto hace mi R.E.*

Y para terminar dos o tres definiciones definitivas:

RETOQUE: De retocar, el pintor retocó con suma delicadeza, en varias ocasiones, el trasero de la modelo que posaba.

RECUENTO: Discurso de político una vez ganadas las elecciones.

RECALENTAR: En «ilo tempore», calentar por la noche el cocido que había sobrado al mediodía, para preparar ropa vieja.

REFRESCO: Espécimen del cual existe infinidad de modelos.

RECULO: Trasero del tamaño de una mesa camilla.

REMEDIO: Algo más de la mitad.

RECAMAR: Estar dos o tres días acostado.

REMIRAR: Volver la cabeza cuando pasa una minifaldera.

REMATAR: Lo que voy a hacer ahora mismo. RECALLAR.

He redicho.

M.C.M

Noviembre 2005

En el antiguo reino de Jaén

LAUS DEO



Pueden ustedes imaginarse que tras la repensada y reelaborada intervención de Miguel aplaudimos a nuestro amigo por su ocurrente ensayo y por su gracejo y los que no habíamos terminado con el bacalao procedimos a ello.

Y como no. Creo que era ya medianoche cuando siguieron las intervenciones de nuestros amigos. Y parecía inapropiado que, cenando como estábamos en la casa que don Fernando de Torres y Portugal mandó construir, comenzaran a desgranarse los minutos de un nuevo día sin hacer referencia, sin relatar, sin perfilar al menos, una semblanza de este personaje y de sus esposas, y de las de aquellos, sus hijos e hijas, que en algún momento, acompañaron sus pasos en estas habitaciones con sus risas, con sus conversaciones, con sus rezos, con una mirada arrogante o con una suave o crispada caricia a la empuñadura de la espada, porque como nos contaría Ángel Aponte tuvo muchos hijos el Conde, poder político y económico, y también malquerencias por parte



de sus paisanos y, por supuesto, también pleitos. Y no sólo uno....que era muy leguleyo y de carácter muy colérico quien también fuera virrey en tierras lejanas, allende el mar, en la ciudad de los Reyes, como entonces era llamada la capital del Perú.

Y se levantó Ángel, y con paso gallardo y mirando de reojo el púlpito de forja desde dónde nos obsequiara Miguel con sus retruécanos, escogió un lugar intermedio en la sala para que todos y todas pudiésemos oír sus palabras con comodidad y nos dijo, afirmando, *aquello de yo no me voy a subir al púlpito*. Y no lo hizo. Pero su voz, con ese timbre claro, potente y audible, llegó fácilmente hasta nuestros oídos y sugirió imágenes en nuestro pensamiento. Habló Ángel con el rigor del investigador y con el tono adecuado y coloquial del amigo que desea que el contenido de sus palabras llegue hasta todos y esto fue lo que dijo:

Queridos amigos, nuestro prioste Pedro Casañas me ha encomendado la tarea de pronunciar unas palabras sobre los condes de Villardompardo, ya que esta noche nos albergamos bajo el techo de su palacio. Mi intención es ofreceros sólo unos rasgos y no, lo que podría ser demasiado tedioso y fuera de lugar, una conferencia sobre este linaje. Trataré de resolver el asunto lo mejor posible. Además me centraré en la época de mayor esplendor de esta casa, en los siglos XVI y XVII.



En el Jaén de aquel tiempo había una serie de familias nobles, la mayoría pertenecientes a la simple hidalguía, y también dos títulos de Castilla con especial relevancia. Me refiero a los condes de Santisteban del Puerto y a los condes de Villardompardo. Los primeros pertenecían al linaje de los Benavides, y los segundos al de los Torres y Portugal. El condado de Villardompardo no era muy antiguo, ya que fue creado por Felipe II en 1592 y concedido a don Fernando de Torres y Portugal, quien, según Enrique Toral, al que debo casi todos los datos genealógicos que mencionaré, compró estas casas en 1577 a don Bernardino de Portugal y las incluyó en 1592 en su mayorazgo. En efecto, el título era reciente, pero no debemos pensar que don Fernando de Torres y Portugal era un advenedizo, ni mucho menos. Era un aristócrata de linaje muy antiguo, pues descendía del adelantado de Cazorla, Pedro Ruiz de Torres, y de los señores de Villardompardo y Escañuela. Además, una antepasada suya, doña Teresa de Torres, señora de Villardompardo, estuvo casada con el condestable don Miguel Lucas de Iranzo. Era asimismo hijo de don Bernardino de Torres y Portugal, también señor de Villardompardo, y de doña María Messía, hija del señor de La Guardia don Rodrigo Messía. Junto lo anterior la madre de don Fernando de Torres y Portugal casó en segundas nupcias con don Diego de Benavides, conde de Santisteban del Puerto. De este matrimonio nació su hermanastro don Rodrigo de Benavides, todo un personaje, pues fue gentilhomme de Felipe II, al que acompañó en su agitada estancia en Londres y gentilhomme de don Juan de Austria, además de combatiente en Lepanto.

Don Fernando de Torres y Portugal era un miembro de la élite de aquel tiempo y, lógicamente, su carrera, como la de tantos nobles de su tiempo, estuvo encaminada a engrandecer su Casa y a servir al Rey. Comenzó con el corregimiento de Salamanca, lo que no estaba mal para los inicios, y después desempeñó la misma magistratura en el Principado de Asturias. El ejercicio del oficio de asistente de Sevilla, que era equivalente a un corregimiento pero de mayor rango, dada la importancia de esta ciudad, supuso un notable ascenso en el cursus honorum. De su presencia como tal asistente en Sevilla, habló muy elogiosamente el padre Pedro de León, un jesuita que atendía a presos y a condenados a muerte en la Sevilla del XVI, que alabó sus virtudes cristianas y su caballerosidad. Pero sin duda la culminación de su carrera llegó con su partida para el Perú, nada menos que como virrey. De su paso por las Indias hay opiniones contrapuestas. Enrique Toral nos recuerda que Ordóñez de Ceballos lo alabó sin mesura y en cambio Ricardo Palma, en sus Tradiciones Limeñas, lo trata bastante mal por su mala administración, sus conflictos con la Inquisición y la Audiencia y su negligencia ante la corrupción creciente. Fue finalmente sustituido por el marqués de Cañete, y esperó el

barco, de vuelta a España, en un conventillo franciscano. Cuando se estudie a fondo su trayectoria sabremos lo que hay de cierto o de exagerado en cada afirmación.

Otra cosa que destaca en el I conde de Villardompardo es su larga descendencia. Casó en dos ocasiones. La primera con una hija del señor de Jódar, doña Francisca de Carvajal Osorio, la segunda con una hija del señor de Salares, doña María Carrillo. Tuvo en total nada menos que 25 hijos, de los que dada la elevada mortalidad de la época, sólo sobrevivieron 15. Sus biografías debieron de ser apasionantes y todas ellas al servicio de la causa católica y monárquica. Citaremos a don Diego, muerto en Flandes de un arcabuzazo, a don Luis, caído en el asalto a Maastrich, también de un arcabuzazo, a don Alonso muerto como consecuencia de los padecimientos y heridas sufridas en diferentes campañas, a don Pedro, muerto en Lepanto, a don Jerónimo, su primogénito, que acompañó a su padre al Perú donde participó en diferentes hechos de armas, y finalmente a sus tres hijos religiosos: don Gonzalo, que pertenecía a la Compañía de Jesús, don Fadrique que vestía el hábito franciscano y doña María que era beata. Personajes de otro tiempo, de cuando España era una gran potencia.

Lógicamente los condes de Villardompardo contaban, por su rango con un gran poder económico y con una indudable influencia política. Sabemos, gracias a una escritura notarial publicada por Luis Coronas Vida, que el mayorazgo de la casa de Villardompardo incluía, en la segunda década del siglo XVII, las villas de Villardompardo y Escañuela con sus fortalezas, hornos, mesones alcabalas, pechos, derechos y rentas, además de la jurisdicción de Fuensomera. A estos bienes y estados se añadían las casas principales en las que ahora nos encontramos, que tenían anejas trece tiendas, un baño y alhorí. Junto a lo anterior las rentas del sol y del viento, portazgos y tributos, entre los que estaba el que gravaba la madera que venía del Guadalquivir, la almocatracía de los paños, derechos sobre el pan de la alhóndiga de Jaén, el diezmo del barro junto a la renta y diezmo de los cueros. Además se incluían en el mayorazgo dos tenerías, una factoría de tinte para paños, la almona de jabón de Jaén y Mancha Real, molinos aceiteros y las salinas de Mengíbar, junto a censos y tierras en Villargordo, Escañuela y Villardompardo.

El poder político de los Condes venía dado por sus seguras conexiones en la Corte y, en el plano local, por la posesión del oficio de alférez mayor y de una veinticuatría perpetua. A todo esto se unía la nutrida presencia de parientes y allegados en el Cabildo municipal de Jaén, encabezados, ya en las primeras décadas del XVII, cuando era conde don Juan de Torres y Portugal, por don Jorge de Contreras Torres y don Luis

de Torres y Portugal. Esta posición de preeminencia no libró la Casa de Villardompardo de mantener largos y costosos pleitos con el Cabildo municipal por cuestiones de protocolo y competencias del oficio de alférez mayor, que nunca fue aceptado por el sector más crítico del gobierno municipal, junto a la dudosa legalidad de los muchos derechos y cargas antes citados, recogidos en el mayorazgo, y que se imponían sobre distintos tratos y mercancías. En fin. Acabo ya, y confío en haber aportado unos rasgos generales de los que habitaron esta casa, en los tiempos en que Alonso Quijano, San Don Quijote, que decía Unamuno, campeaba por esos mundos de Dios. Gracias.



Después de la intervención de Ángel, muy aplaudida, y muy elogiada por Juan Cuevas, por los conocimientos que Ángel ha aportado y más que nada por su toque de naturalidad, a mí no me queda duda de que si Arturo Pérez-Reverte hubiese querido buscar inspiración en Jaén, para las aventuras del capitán Diego Alatriste, habría conseguido el suficiente argumento con la historia de esta familia, algunos de cuyos miembros vivieron una vida tan marcada por la guerra en Flandes y contra el Turco como este capitán de novela, y alcanzaron una muerte honrosa en el campo de batalla.



Y hablando de aventura. La que me contó Fernando Lorite recordando otras cenas de los Amigos de San Antón ya pasadas y, en especial, una celebrada en la torre del Homenaje del castillo de Jaén que, como se sabe, era una estancia amplia y destartalada con una mala escalera y sin otras estancias anejas pero necesarias en estas ocasiones. Fue muy novelesca la noche, al menos eso pienso sonriendo mientras recuerdo las palabras de Fernando y la expresión divertida de su cara mientras lo



Rufino
Almansa y
Antonio
Martos

tas otras cenas celebradas a lo largo del tiempo mientras que, con una exclamación, se refería al número y al reducido catálogo de edificios donde podrían realizarse otras.

Estábamos ya en los postres –exquisito tocino de cielo– y en la placidez de la sobremesa acompañada con anís *Castillo de Jaén* y crema de café de las Destilerías de Ángel Tirado. Ambas bebidas propiciaron comentarios de algunos de los comensales que tenía más cercanos pero la palma se la llevó el pachará, pues una cosa llevó a la otra, y para mi sorpresa allí se comentó como destilarlo. También se volvió de nuevo sobre el anís y se evocó su utilización en el medio rural a lo largo del tiempo, de su empleo como elemento para agilizar o hacer revivir un cuerpo que ha de trabajar duramente pero que se conserva aun la laxitud propiciada por el sueño.

Había comenzado ya un nuevo día, pues eran las 0,55 horas, o sea la una menos cinco, cuando Vicente Oya comenzó su intervención y nos ilustró con sus comentarios sobre los usos del espacio que nos acogía aquella noche con un pequeño ensayo que tituló «*Artes y costumbres populares para una noble mansión*». Con pulcritud y con la sabiduría que proporciona la experiencia utilizó Vicente palabras escogidas para esbozar un retrato en lo material y en lo sentimental, y también en los aspectos institucionales de estos muros que rezuman historia en todos sus rincones.

contaba. Yo no lo voy a contar aquí porque muchos de los presentes en esta cena lo vivieron y, quizá, lo padecieron. Tan sólo voy a decir que fue una noche de lluvia y viento, con esos ventarrones que disfrutaban los giennenses ululando en la oscuridad de la noche, propios de la novela romántica donde la naturaleza que se describe suele acompañar con mucha frecuencia los sentimientos agitados y el sentido negativo y trágico de la vida de sus protagonistas. Aunque Pedro Almodóvar le hubiese sacado rendimiento a la situación. También me aludió Fernando a tan-



I.- INTRODUCCION

«Las piedras bien ordenadas, como un poema nacido de la sabia arquitectura, rezuman aquí historia y arte, la vida misma. Viejas culturas retomadas por nuestro tiempo en los Baños Árabes y en la Casa Palacio de Villardompardo nos transportan a otras centurias, al Jaén medieval por un lado y al del siglo XVI, ese gran siglo que, como nos ha enseñado José Rodríguez Molina, fue especialmente espléndido en nuestra tierra.

Este conjunto arquitectónico de los Baños y del Palacio, tan lleno de evocaciones, se ha ganado por y para la vida cultural.

II.- LOS BAÑOS Y EL PALACIO

Los Baños Árabes, restaurados por el arquitecto Luis Berges Roldán, en una brillante actuación, que mereció el Premio Hispania Nostra, de 1984, muestran un espacio de la ciudad con función terapéutica, la salud y la higiene, lugar de encuentro para la fiesta y el ocio de aquellos moros sensuales, abiertos a los placeres. Y están aquí, entre estos muros del Palacio, remansados en el tiempo, escenas de los Torres de Portugal, la vida de una nobleza, marcando diferencias sociales. Entre 1751 y principios de la década de los setenta del pasado siglo XX están, en contraste con los anteriores usos, el Hospicio, la Casa-cuna, la Casa de la Maternidad y la Iglesia de Santa Teresa, todo ello con el sello característico de la Beneficencia Provincial ya superada.

En estas estancias hay variadas dimensiones de la vida humana, con sus desigualdades, sus diferencias. Están los gozos placenteros de los árabes en los Baños convertidos hoy en una elocuente expresión artística, con su historia recobrada, refugio para un turismo, para el visitante, que aquí despierta su interés y su admiración. Y están, desde el Hospicio, la Casa-Cuna, la Maternidad, el dolor, la soledad, la vida marcada por el infortunio de la orfandad de los pobres, el frío, la soledad, la indigencia. ¡Si hablaran estas paredes! Y hablan por ellos los viejos documentos que los tiempos nos han legado para la memoria colectiva.

III.-ARTES Y COSTUMBRES

Y ahora, ya en esta época nuestra, por iniciativa acertada de la Diputación, este inmueble de singular relevancia, en el conjunto del Patrimonio Arquitectónico de la Ciudad, alberga los Museos de Artes y Costumbres Populares y el Internacional de Arte Naïf «Francisco Morál» el pintor de Torredelcampo. Artes y Costumbres con variados e interesantes fondos formados con utensilios de toda clase empleados por familias agrícolas y ganaderas de nuestra tierra y que se han podido reunir gracias a una búsqueda y selección auspiciada, como digo, desde la propia Diputación.

En el Museo de Artes y Costumbres Populares, y en cada uno de los objetos que aquí se guardan, hay algo que es parte importante, esencial, de los saberes y de los sabores que, históricamente, se han acumulado por nuestro pueblo. No son, ciertamente, documentos históricos de la categoría de una inscripción romana o de un códice árabes. Son documentos vivos porque su presencia no está en una piedra, ni en un papel, sino en las personas que supieron transformar con sus manos las materias más variadas.

Decía Antonio Machado y Álvarez, el padre de los Machado, que «Folclore es el modo de vivir del pueblo». No tiene desperdicio esta frase que viene a definir, perfectamente, lo que podemos ver y apreciar en un Museo de Artes y Costumbres Populares como el que se alberga en esta mansión. Aquí están las señas de identidad de nuestros pueblos, villas y ciudades. Y aquí está lo que se ha dado en llamar el alma popular, que se manifiesta a través de sus tradiciones, a través de sus danzas y de sus canciones, por medio de los trajes típicos, los utensilios de la vida doméstica, el mobiliario, los aperos de labranza, todos aquellos elementos entrañables, apegados a la vida, que marcan los usos y las costumbres de las generaciones o que establecen unas pautas de comportamiento y se convierten en características esenciales de una cultura. Y los acentos locales. Los avances de la vida moderna han dado al traste con muchos viejos oficios que desaparecen y con ellos se van diversas actividades, especiales comportamientos humanos, palabras, denominaciones, expresiones, que ya los niños y los jóvenes de hoy desconocen.

IV.-COMO UN REMANSO DONDE PUEDEN OIRSE LEJANOS LATIDOS DEL CORAZÓN DE NUESTRA TIERRA

Este viejo escenario, donde tuvieron presencia vidas reales, alegres, jubilosas, tal vez felices, pero también tristes, monótonas, anodinas, frustradas y sin esperanza, desgraciadas, es hoy un remanso de paz y en

silencio don tienen acomodo artes y costumbres populares. Aquí, a poco que se ponga un mínimo de atención, como diría Antonio Machado, late un corazón, el corazón de nuestra tierra. Porque cada pieza que aquí se guarda nos muestra el carácter de documento vivo histórico que, como expresión de las sociedades, nos legaron los artistas y los artesanos.

Hoy, en este Museo de Artes y Costumbres Populares, tenemos, para bien de nuestro Patrimonio Cultural, todo un buen conjunto de artesanías que fueron útiles y que cubrieron necesidades elementales, o para hacer, por ejemplo, herramientas. Todas estas artesanías se han convertido en suntuarias. Conservarlas en un Museo, o en nuestras propias casas, es como darles vida, o como dar culto a nuestros antepasados. Desde estas perspectivas se retorna a una idea purista y romántica de las artesanías y se aprecian los viejos cacharros, los entrañables elementos de la actividad cotidiana, en línea con la tradición. En una sociedad más industrializada, cuando los artesanos son liberados de los patrones, esa sociedad de alguna manera, pretende que sigan atados a ella. Toda una gran paradoja. No dejará nunca de latir el corazón de las artes y de las costumbres, porque es el corazón de nuestra tierra. Y nunca se quebrará el hilo que mantiene la vida inagotable del pueblo».



Mientras aplaudía como el resto de los asistentes recordé algunos de los objetos expuestos en el Museo de Artes y Costumbres Populares y pensé que todos ellos son como las fotos de familia que, a lo largo de los años, nos permiten conocer cómo crecieron los hijos y las hijas, como se hicieron mayores y como, poco a poco, el tiempo dibujó ausencias allí donde antes no las había. El Museo es como ese álbum de fotografías con las que se recuerda los orígenes, la identidad propia y se aviva la memoria del tiempo pasado. Es un recordatorio colectivo de aquella otra vida nuestra, quizá no vivida ni sentida directamente por nosotros, pero sí por aquellos que nos precedieron.

Y, de alguna manera, la intervención de Pilar Sicilia viene a enlazarse con mi pensamiento con un inesperado y valioso regalo. Pilar nos obsequia a cada uno de los amigos y amigas de San Antón con un libro editado por la empresa Serrano Gámez, un *Cancionero* en el que están recogidas las partituras y las letras de los melenchones y otras canciones de corro de la provincia de Jaén. El libro se debe a la incansable labor de Pilar Sicilia y de Juan Carlos Navasal Huertas, sus autores, y recoge un amplio repertorio recopilado en Albánchez de Mágina, Alcaudete,

Arjona, Cabra de Santo Cristo, Castillo de Locubín, Cazorla, Frailes, Fuerte del Rey, Jaén, Jamilena, La Iruela, Martos, Valdepeñas de Jaén, y los Villares.

Debo confesar que había perdido yo el hilo de la hora cuando Pedro Casañas nos dedicó sus palabras de despedida, poco después de la intervención de Pilar.

Amigos: vamos recogiendo, se suele decir, cuando un quehacer o una faena van tocando a su final. Y eso es más o menos lo que tendremos que ir haciendo nosotros, ya que la Cena Jocosa o de Santa Catalina del año que cuenta 2005, prácticamente ha tocado fondo, finaliza.

Hemos construido en esta noche, un eslabón más para esta ya vieja e ininterrumpida cadena de afables y entrañables encuentros, donde la fraternal amistad, el buen humor y la franca camaradería son su denominador común, regado y saturado todo ello del amor sincero que a nuestro Jaén profesamos.

Marchemos pues en paz no sin antes reiterar nuestro más sincera gratitud al ilustrísimo señor Diputado Provincial de Cultura don Marcelino Sánchez Ruiz y muy especialmente a don Arturo Gutiérrez Terán que, tan principal y definitivo papel, ha desempeñado para que esta velada haya tenido su asiento en este hermoso y cultural conjunto. Gracias sinceras.

Y ya amigos, reiterar las palabras finales que en cada año nos despiden. Que la paz, la concordia y la franca y noble amistad que han presidido esta Cena del año 2005, vuelvan a presidir la Cena del año 2006.

Sonaron tras estas palabras de Pedro unos últimos aplausos, a modo de despedida ya, para una noche que tocaba a su fin, eso sí, no sin antes entonarse el Himno a Jaén con el que se cierra esta celebración, acrisolada con el paso del tiempo, y orientada por la cinta o cassette, a modo de recordatorio para desmemoriados. Un último paso en esta ceremonia ritual que cada año nos convoca y reúne.

Poco a poco comenzaron las despedidas aunque no sin que antes cada uno de nosotros recogiera su jarra, su libro de melenchones, y

algún que otro ejemplar de la crónica del año anterior. Así se iniciaron las salidas de la antigua mansión señorial del virrey del Perú, de las salas ubicadas sobre los antiguos baños cuyos muros escucharon tantas confidencias, quizá fueron testigos de alguna intriga política, pero sobre todo marcaron los límites físicos a un espacio concebido para el solaz y el recreo. Traspasado el umbral de la puerta pienso que, de alguna manera, con nuestra particular cena hemos vuelto a reactualizar algunos de los usos primitivos de esta casa.



Alfonso Parras, Manuel Kayser, Antonio Casañas y Pedro Cruz

Y nos vamos algunos de los asistentes a esta cena por donde hemos venido. Es decir, por la calle del doctor Martínez Molina. Solitaria en las primeras horas de la madrugada pero iluminada con una íntima luz que recuerda los ambientes de la novela decimonónica mientras hablamos de algunos sustos propios de la delincuencia que algunas personas conocidas han sufrido. Nacen estos comentarios propiciados por la noche y su oscuridad e, inopinadamente, se nos vienen a la memoria y a la boca mientras Juan Cuevas afirma con su voz tranquilizadora *¡no pasa nada!* Y es cierto. Pero el ambiente que el Ayuntamiento ha creado en estas calles me recuerda la atmósfera envolvente del Maestro de esgrima, aunque no se escucha ruido de espada ni florete, ni se vislumbra la clandestinidad de una imprenta liberal. Llegamos a la plaza de la Audiencia, donde en otros tiempos vivieron los antepasados del conde de Villardompardo, en el antiguo palacio del condestable Iranzo, donde también los plateros dispusieron sus aparadores en los días de feria, una plaza que enlazaba con la calle Maestra, testigo de idas y venidas marcadas por el paseo de los domingos, y donde tantos tratos hicieran los comerciantes los días de feria.

Y llegamos a la calle Cerón y a la luz de las farolas hasta la plaza de San Francisco, donde nos dirigimos unas últimas palabras. Aquí fue donde emprendimos nuestro paseo hasta el palacio de Villardompardo y aquí es donde termina el relato de la Cena Jocosa de esta noche, de esta velada de agradable discurrir y apreciada compañía.



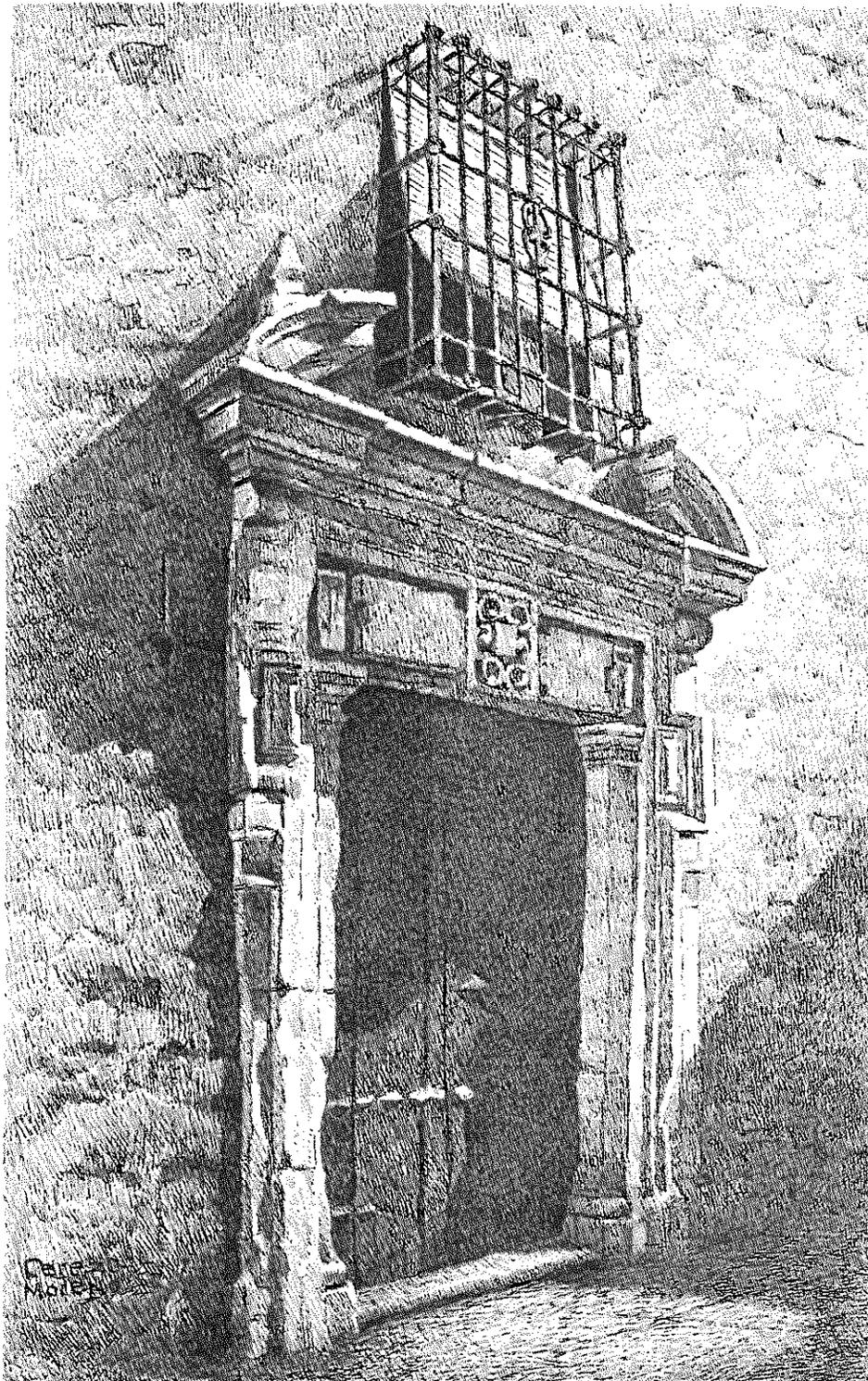
San Antón.
Iglesia de
Castril
(Granada)

Addenda

a la Crónica de la Cena Jocosa del año 2005



De lo que por falta de tiempo no pudieron decir
tres Amigos de San Antón en el transcurso de esta Cena:
Juan Antonio López Cordero, Antonio Martos García y
Juan Espinilla Lavín.



Portada de la casa
de Eufrasio López
de Rojas
(Dibujo de
Francisco Cerezo)

Leyendas giennenses de frontera

JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO



Las leyendas, como hechos imaginarios que se consideran reales, tuvieron en la frontera medieval giennense un campo abonado para su desarrollo. Son leyendas de supervivencia, que tienen en común un entorno de violencia; bien de carácter físico, como son los continuos enfrentamientos bélicos; o bien de tipo psicológico, como es la angustia producida por las creencias en seres malignos que continuamente amenazan al individuo. Este entorno de tres siglos de frontera marcó de tal forma a la sociedad giennense que aún perduran numerosas leyendas que surgieron hace más de setecientos años, algunas de las cuales citamos en este trabajo.

La religión tuvo un papel destacado como elemento justificativo de la conquista. Fueron numerosas las nuevas iglesias bajo la advocación de la Santa Cruz y Santa María. El avance cristiano hacia el Sur hace que el milagro tenga a la Virgen por protagonista en multitud de leyendas, como es el caso de la Virgen de la Cabeza, en Andújar¹, donde a un pastor se le aparece la Virgen, leyenda muy similar al vaquero de la Virgen de Guadalupe en Extremadura. Otras leyendas son la de Nuestra Señora del Rosel, relacionada con un ciego, hijo del alcaide moro del castillo de Rus que es curado de su ceguera por una señora que ordena al alcaide desenterrar la imagen de la Virgen de la Yedra; o la aparición en 1458 en Torredonjimeno de la imagen de Nuestra Señora de Consola-

¹Terrones, *Vida de San Eufrasio*, not. 7. Sobre este apartado en general ver también RODRÍGUEZ MOLINA, José, «Marco sociohistórico de la religiosidad giennense», en MARTÍNEZ DE MAZAS, José, *Memorial al Yllmo. y mui enerable estado eclesiástico de el obispado de Jaén sobre el indebido culto que se da a muchos santos no canonizados, o que no le pertenecen por otro título que el de los falsos chronicones*, Jaén: Diputación Provincial, p. 7-138.

ción². Otras vírgenes que surgen en relación con la frontera y traslado de imágenes por la invasión de los moros son Nuestra Señora de Tíscar y Nuestra Señora de la Fuensanta. La imagen de Nuestra Señora del Alcázar, en Baeza, es relacionada con la leyenda de su aparición tras la conquista de Baeza en 1227, al igual que Nuestra Señora del Rosario en la misma ciudad³. La Virgen gana batallas y a ella se le atribuyen victorias como la defensa del castillo de Chincoya en 1275, al colocarla los cristianos en las almenas ante los moros asaltantes⁴.

Las figuras de los santos complementan a la Virgen en las leyendas de milagros fronterizos. En la toma de Jaén por Fernando III, se atribuye a Santa Catalina su intervención, animando al Rey a proseguir con el asedio. Tampoco falta el Apóstol Santiago que, como en la batalla de Clavijo y unido a otros guerreros vestidos de blanco, aparece en el enfrentamiento que libraron cristianos y moros en Quesada en 1469, interviniendo cuando los cristianos estaban en desventaja; en la leyenda no falta tampoco la presencia de la cruz resplandeciente que se divisa en el cielo durante la batalla, que fue llamada del Retamal⁵. También San Sebastián combate junto a los cristianos en un enfrentamiento del siglo XV contra los moros en Alcalá la Real⁶.

En esta cultura, muy vinculada al mundo agrario y a la religión cristiana, la cruz, como símbolo mágico-religioso, vigila los campos a modo de talismán frente a las plagas y las sequías, que traían como consecuencia malas cosechas y hambre. Tal es la cruz del cerro del Castillo de Jaén⁷, o las muchas cruces que salpicaban los caminos, con una significación semejante a la anterior, a la que se une la defensa del caminante ante mal, reflejado en el lobo, el moro, el bandido o el mismo diablo que anda por los caminos.

²XIMENA JURADO, Martín de, *Catálogo de los obispos de las Iglesias Catedrales de la diócesis de Jaén y Baeza y Anales Eclesiásticos della*, Jaén, 1654, Granada, 1991, p. 382, 383 y 417.

³RODRÍGUEZ MOLINA, José, «Marco sociohistórico de la religiosidad giennense», en MARTÍNEZ DE MAZAS, José, *Memorial al Yllmo. y mui venerable estado eclesiástico de el obispado de Jaén sobre el indebido culto que se da a muchos santos no canonizados, o que no le pertenecen por otro título que el de los falsos chronicones*, Jaén: Diputación Provincial, p. 7-138.

⁴ALFONSO X EL SABIO. *Cantigas de Santa María*. Cantiga 185. El Milagro de Chincoya.

⁵BILCHES, Santos y santuarios de Jaén y Baeza, fols. 131 y 157-158; RODRÍGUEZ MOLINA, José. «Marco sociohistórico...», p. 124-125.

⁶RODRÍGUEZ MOLINA, José. «Marco socioeconómico...», p. 125.

⁷ *Relación de los hechos del muy magnífico e más virtuoso señor, el señor don Miguel Lucas, muy digno condestable de Castilla*, CUEVAS MATA, Juan; ARCO MOYA, Juan del; ARCO MOYA, José del (editores literarios), Jaén, Ayuntamiento, 2001, p. 215, 272 y 375.

En diversos rincones de las poblaciones y en las altas cumbres de los campos se levantaron cruces. En la ciudad del Jaén, la cruz del cerro del Castillo presidía la ciudad y su entorno. Era la seña de identidad cultural del territorio cristiano frente al nazarí. La cruz suele estar presente en los hechos de armas que acontecen de forma milagrosa. Es el caso de la rebeldía y consiguiente conquista definitiva de la ciudad de Baeza:

«Algunas historias refieren aquí el milagro de que hallándose el maestre de Calatrava en últimos términos, salió secretamente del castillo, valiéndose de la obscuridad de la noche sin ser sentido de los moros; pero a pocos pasos volviendo la cabeza vio una cruz roja sobre el castillo, que le avisaba que en él siempre había de triunfar, con cuya aparición cobró ánimo, volvió las riendas, y se refugió por segunda vez adonde ya le amparaba visiblemente el cielo, y le defendía la cruz»⁸.

La cruz también figura en leyendas medievales que han llegado hasta nuestros días en relación con hechos de frontera. Una de ellas es la leyenda de *La Cruz de Requena*⁹, de Jódar. Era una cruz que actuaba como talismán en un lugar donde el Diabló se hizo presente. Se dice que estaba situada en un collado, llamado de Requena, al igual que tantos otros humilladeros que salpicaban los caminos del país; cronológicamente se fecha en el siglo XV. La cruz hoy no se conserva. Según la leyenda Requena era un renegado, que traicionaba tanto a moros como a cristianos. Una noche de tormenta, tras invocar al Diablo, se tropezó con un macho cabrío en el camino. Se lo echó a su espalda y comenzó a caminar. Al poco, el animal –que era el Diablo– le preguntó: «¡Requena!, ¿peso?». Y, al mirarlo, Requena murió de miedo, pagando así tantas traiciones.

Leyendas parecidas existen en el Alto Guadalquivir. En Villanueva cuentan que un agricultor encontró a un pequeño choto cerca de una fuente. Se lo echó auestas y, a medida que andaba, notaba que cada vez pesaba más. Cuando iba a volver la cabeza, una voz le dijo: «Tu abuelo no tendrá estos dientes como yo», al tiempo que vio un gran macho cabrío. Con gran espanto, lo tiró al suelo y salió corriendo¹⁰.

⁸ BURRIEL, Andrés Marcos (1719-1761). *Memorias para la vida del santo rey Don Fernando III*, Imprenta de la viuda de don Joaquín Ibarra, 1800, Cap. XXIV.

⁹ Sobre esta leyenda, ver: CAZABÁN LAGUNA, Alfredo, «La Cruz de Requena (Jódar)». *Don Lope de Sosa*, 1921, Jaén, Riquelme y Vargas (Ed. Fac. 1982), p. 359-360; MESA FERNÁNDEZ, Narciso, «La Cruz de Requena», *Revista Galduria*, nº 18, Jódar, Parroquia de la Asunción, (marzo-1973); ALCALÁ MORENO, Ildefonso, «La literatura popular como referente de la Sierra Mágina del Marqués de Santillana: las leyendas de Frontera en Jódar», *Actas del I Congreso Sierra Mágina-Marqués de Santillana*, Jaén, Centro Asociado de la UNED de Jaén, 2000, p. 145-160.

¹⁰ LÓPEZ FERNÁNDEZ, Manuel. «El Guadalquivir: un río de leyendas», *El Toro de Caña: Revista de Cultura Tradicional de la provincia de Jaén*, nº 2, Jaén, Diputación Provincial, 1997, p. 541.

También en la Fuente de la Peña de Jaén existe otra variante de la anterior leyenda. Cuentan que una noche, un arriero que regresaba de Los Villares por el antiguo camino que pasaba por la fuente de la Peña escuchó llorar a un niño, que localizó entre los arbustos. Pensó que lo había olvidado alguna lavandera y lo introdujo en el serón de una de las mulas. A medida que subía la cuesta comprobó que la mula se fatigaba. Volvió la vista y no vio en el serón al niño, sino a un ser monstruoso con ojos de fuego y una gran dentadura que le preguntó: ¿Tienes dientes como yo?

Otras veces es la aparición de la figura milagrosa del pastor que indica el camino a las desorientadas tropas cristianas y luego desaparece misteriosamente, como relata Alonso de Palencia en los hechos de la conquista de Cambil:

«La doble fortaleza de Cambil se levanta a orillas de impetuoso torrente, cuyo profundo cauce y acantiladas márgenes no permiten vadearle en un largo trayecto, siendo forzoso atravesarle por el puente contiguo a la fortaleza, que tiene a un lado la de Cambil y al otro la vasta construcción de Alhabar. A favor de estas posiciones, los granadinos atacaban a menudo a los de Jaén, distantes 70 estadios del puente, y además de la presa de ganados, se llevaban muchos cautivos, dando cruel muerte a los cristianos cuando se apercebían de que les llegaba socorro... el Rey se decidió por llevar el ejército y todas las máquinas de batir allí donde esperaba poder aprovechar mucho a los suyos y granjearse no poca honra. Dividióse el ejército en tres campamentos al sitiar las fortalezas. El mayor, el del Rey, se asentó del lado allá del torrente; los otros dos, a la orilla opuesta, amenazaban a Cambil. La tardanza de la artillería, retrasada por las dificultades de los caminos, hizo esperar a los soldados granadinos de las dos fortalezas que el plan de D. Fernando fracasaría... A todos estos cuidados dio milagrosa resolución la misericordia divina. Cuando más perplejos se hallaban los que conducían la artillería, se les presentó un hombre montado en un pollinejo a manera de pastor de ovejas, y se ofreció a enseñarles un camino a propósito para el paso de los carros. Cumplida inmediatamente su promesa, desapareció... El estruendo de los disparos y la densa humareda de la pólvora impedían ver y oír a sitiados y a sitiadores, hasta que, una fuerte ráfaga de viento permitió a los nuestros divisar el sol, e hizo que los enemigos, al ver el destrozo de sus murallas, entraran en consejo y se resolvieran a la entrega de ambas fortalezas, lo que se verificó el día 23 de Septiembre, para alabanza de Dios y singular honor del rey D. Fernando»¹¹.

¹¹ PALENCIA, Alonso de (1423-1492), *Guerra de Granada*, Tip. de la Revista de Archivos, 1909. Edición facsímil, Granada, Universidad, 1998.

El carácter de frontera marca también otras leyendas que surgen en esta época, como reafirmación de elemento cultural cristiano que identifica y da unidad a la población, como son las apariciones divinas: la aparición de la Virgen de la Capilla en San Ildefonso en junio de 1430, o el milagro del Peso del Señor de la Misericordia y la antigua villa de Xandulilla o Félix, fechada en el siglo XIV. La primera de estas leyendas arraigó tan fuertemente en la población que, desde aquella época, la imagen de la Virgen de la Capilla ha sido la más venerada de la ciudad hasta nuestros días junto a la de Nuestro Padre Jesús. Tomás de Arquellada la recoge en su Sumario como un acontecimiento:

«En el año de mil y cuatrocientos y treinta años, a trece días del mes de Junio, día del Señor San Bernabel, vino Nuestra Señora de noche en procesión a la Iglesia de Santo Elifonso desta Ciudad de Jaén, del cielo, y éste está tomado por testimonio ante un Notario, de testigos que lo vieron y se hallaron presentes en la misa y vieron la procesión»¹².

En la segunda leyenda, la imagen del Señor de la Misericordia tiene una significación semejante. Hoy es patrón de Jódar,¹³ población que vivió la época de frontera con gran intensidad y en la que han pervivido otras leyendas del período, como *La Fontana de Jódar o Amor de Oriente*, leyenda de amor que tiene como marco el siglo XV¹⁴; y *Estefanía Martínez*, heroína cristiana del siglo XV, ya recogida en las *Relaciones Topográficas* de Felipe II:

«A los treinta y dos Capítulos dixerón que en tiempo que Granada era de los Moros se peleaba cada día a las puertas de la misma villa, y que estando un día media docena de niños jugando cerca de un guerto, vinieron moros que habían ido a correr la tierra y pasaron por las puertas della y una mujer que se llamaba Estefanía Martínez tomó los niños y los echó por sobre la parte de un guerto y ella saltó por la misma parte y llegó un moro a tiempo que le llevó las tocas de la cabeza...»¹⁵.

¹² ARQUELLADA, Juan de, Sumario de prohezas y casos de guerra acontecidos en Iden y reynos de España, y de Ytalia, y Flandes, y grandeza de ellos desde el año 1353 hasta el año 1590, Estudio y edición de Enrique Toral y Peñaranda, Jaén, Diputación Provincial, 1999, p. 149.

¹³ BLANCO Y BLANCO, Luis, «Tradiciones populares: la villa de Félix o Jandulilla y el Cristo de las Misericordias», *Don Lope de Sosa*, núm. 10, 31-octubre-1913, Jaén, p. 296-298.

¹⁴ GUILLÉN Y GUILLÉN, Pablo, «De una leyenda de amor del siglo XV. La Fontana de Xóda», *Don Lope de Sosa*, núm. 28, p. 116-118.

¹⁵ *Relaciones Topográficas de Felipe II*, 1578 (Jódar). Biblioteca de El Escorial; y ALCALÁ MORENO, Ildefonso, «La literatura popular como referente de la Sierra Mágina del Marqués de Santillana: las leyendas de Frontera en Jódar», *Actas del I Congreso Sierra Mágina-Marqués de Santillana*, Jaén, Centro Asociado de la UNED de Jaén, 2000, p. 145-160, p. 145-160.

Otras leyendas medievales giran en torno a la figura de la serpiente y la fauna fantástica, como *la Tragantía*, un terrible ser mitad serpiente, mitad humano, que surgió de una princesa mora encerrada y olvidada en una gruta, entre las guerras de moros y cristianos, que en Cazorla alcanza su mayor fama. Está relacionada también con la Noche de San Juan, tema que enlaza con otros de princesas encantadas, pues se volvió un ser devorador de niños que en la Noche de San Juan canta con dulcísima voz y engulle a los que la escuchan¹⁶. En otros lugares de La Loma de Úbeda recibe el nombre de *Tía Tragantía*¹⁷.

Otros animales mitológicos forman parte de leyendas en la provincia en identificación con el miedo a determinado lugar. Así, una leyenda sobre el Castillejo de Cárcel ubica en él a una *Yueca* devoradora de los hombres que atravesaban el barranco del Castillejo por el camino de Cárcel a Carchelejo durante la noche; leyenda que también está relacionada con un elemento medieval, como es el castillo, tan propenso en éstas.

A veces es el bosque, la ubicación de la fauna fantástica, como en *La Encina Leona*, leyenda de Alcalá la Real. Son tres fieras enormes, entre serpientes y humanas, que salen de una encina por la noche tras darle tres golpes al tronco. A las fieras se les ofrece un borrego al que devoran, mientras del interior de la encina surge un gran tesoro. En este caso el miedo se cobra una víctima en la figura de una niña que acompaña a la vieja en busca del tesoro¹⁸.

Como animal fantástico, el dragón es el más difundido en las leyendas. Se define como una especie de gran reptil, con cuatro patas, dos alas y una o más cabezas horribles, que expulsa fuego por las narices o por la boca y es terriblemente devorador. Está muy difundido en la cultura cristiana, como en la Apocalipsis¹⁹ y antiguas leyendas²⁰. Pero, sin duda, la figura más popular del cristianismo con relación al dragón

¹⁶ ESLAVA GALÁN, Juan, *Leyendas de los castillos de Jaén*, Jaén, Caja rural Provincial, 1981, p. 19-23. Esta leyenda tiene connotaciones la *La Encantada del Puerto*, de Santisteban, basada en un relato semejante: la Noche de San Juan, la invasión cristiana de la villa, la huida de los moros, y la permanencia de una mora encerrada con un tesoro en una misteriosa cueva por error ante la precipitación en la huida de su padre y hermana que mueren devorados por los perros. La joven queda encantada y sale todos los años la Noche de San Juan buscando a su padre y hermana, mientras se oyen gritos, clarines, trompetas y ladridos de jauría (San Juan Moreno, Mariano. *Leyendas históricas*. Madrid, 1916, p. 21-29).

¹⁷ PÉREZ ORTEGA, Manuel Urbano, *Campanas y Cohetes -calendario jaenés de fiestas populares-*. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1996, p. 968.

¹⁸ MURCIA ROSALES, Domingo; Martín Rosales, Francisco, *Alcalá la Real: cancionero, relatos y leyendas*, Alcalá la Real, Ayuntamiento, 1993, p. 70-73.

es San Jorge, matador del dragón y rescatador de la princesa²¹, que constituye uno de los ejes fundamentales que ha generado multitud de leyendas.

En Jaén, la leyenda del *Lagarto de la Magdalena*, es muy conocida²². La más antigua referencia escrita conocida es de Bartolomé Ximénez Patón en su *Historia de la Antigua y Continuada Nobleza de la Ciudad de Jaén*, editada en 1628, que nos habla de un pastor que pone como cebo un cordero lleno de «yesca» a la «sierpe» que habita en la cueva del nacimiento de agua de La Magdalena, acabando de una explosión con ella. Otras versiones posteriores atribuyen la acción a un guerrero vestido con traje de espejos o a un preso que obtiene el perdón a cambio de matar al monstruo.²³ Y como leyenda, el dragón formaba parte de la vida de ocio del Jaén del siglo XV. La narración de una de estas fiestas dice así:

«... una infantería de pajes pequeños vinieron vestidos de jubones de fino brocado... Los quales tomaron por invención que era una gente de inota e luenga tierras, la qual venía destrozada e vencida de gente enemiga; e que no solamente les avía destroído sus personas e bienes, mas los templos de la fe suya,... E que viniendo çerca de aquella çibdad, en el paso de una desabitada selva, una muy fiera y fea serpiente los avía tragado, e que pidían subsidio para dende salir..., asomó la cabeça de la dicha serpiente, muy grande, fecha de madera pintada, e por su artificio lanço por la boca uno a uno los dichos niños, echando grandes llamas de fuego. Y, asímismo, los pajes, como traían las faldas e mangas e capirotos llenas de agua ardiente, salieron ardiendo que parecía que verdaderamente se quemavan en llamas»²⁴.

¹⁹ En el cristianismo, la Apocalipsis de San Juan identifica al Diablo con el dragón, «la antigua serpiente», que un ángel prendió, «lo encadenó por mil años, lo arrojó al abismo, que cerró y selló después, para que no pudiese seducir más a las naciones, hasta que no se cumpliesen los mil años, después de los cuales debe ser soltado por poco tiempo». *Apocalipsis*, 20, 1-3.

²⁰ Existen en la cultura cristiana otras diversas figuras popularmente unidas al dragón, identificado como espíritu del mal. Varias de estas leyendas recoge Santiago de la VoráGINE en el siglo XIII (VORÁGINE, Santiago de la, *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza Forma, 1982, p. 84, 419-420 y 277).

²¹ VORÁGINE, Santiago de la, *La leyenda...*, p. 248-250.

²² ESLAVA GALÁN, Juan, *La leyenda del lagarto de la Malena y los mitos del dragón*, Córdoba, Caja de Ahorros de Córdoba, 1980. En este libro recoge diversos paralelismos con el lagarto de Jaén existentes en algunas otras leyendas, relacionando el mito con cultos de la más remota antigüedad.

²³ Esta leyenda parece tener una procedencia medieval y debió ser muy popular, como parece demostrar el hecho de la presencia del dragón en el escudo de la Santa Iglesia Catedral de Jaén que representa un dragón sobre la ciudad de Jaén y a los pies de la Virgen sentada en un trono. Posteriormente se ha intentado identificar el dragón con el trazado urbano de la ciudad visto desde el cerro del Castillo. No obstante, la leyenda contiene elementos básicos de otras, como son la gruta, el héroe y la bestia.

²⁴ *Relación de los hechos...*, p. 45.

Algunos reyes de Castilla tienen también un lugar predilecto en las leyendas medievales. Así Fernando IV «el Emplazado» –sobrenombre que recibió tras su muerte en 1312– murió al mes de haber mandado ajusticiar a los hermanos Carvajales, despeñados desde las alturas de la Peña de Martos. Antes de morir habían emplazado al rey en el otro mundo no después de treinta días. Cuenta las crónicas que el rey enfermó en Alcaudete, desde donde fue trasladado a Jaén, donde murió.²⁵ Y a Enrique IV se le relaciona con su huida de Alcaudete disfrazado de mendigo para escapar de una de las conspiraciones nobiliarias de la época²⁶.

Estas leyendas y muchas más forman parte del patrimonio cultural intangible de Jaén, con evidentes raíces medievales. Un patrimonio olvidado, cuando no denostado, por las administraciones de turno, que a pesar de ello se resiste a morir. En algunos casos está renaciendo, como es la leyenda de la *Tragantía* en Cazorla, con actividades en torno a ella que se realizan todos los años la noche de San Juan, lo que constituye un ejemplo de las utilidades que puede tener la puesta en valor de este tipo de patrimonio.



²⁵ VALLADARES REGUERO, Aurelio, «La muerte de los hermanos Carvajales y Fernando IV: fortuna literaria de un tema de ambientación jiennense», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm.167, Jaén, julio-septiembre 1995, p. 199-245; MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Antología de poetas líricos castellanos*, t. VII, Santander, Aldus, S.A. de Artes Gráficas/C.S.I.C., 1944, p. 28-29; ...

²⁶ RIVAS MORALES, Antonio, «Alcaudete, leyendas históricas». *El Toro de Caña*, núm. 10, Jaén, Diputación Provincial, 2003, p. 127-132.

Cosas de Don Lope

ANTONIO MARTOS GARCÍA

*A la buena memoria de
Antonio Martínez Lombardo.
Su ausencia, nos deja huérfanos de
aquella buena amistad*



Amigos:

Azacaneado en el cotidiano quehacer y dedicado de vez en cuando un agradable recuerdo a la pasada cena, lo que ayuda a acortar la llegada de la venidera, me he dado de bruces con el presente mes de septiembre, antesala de la llegada de la misiva que, a través de su fiel criado y muñidor, nos hace llegar por San Lucas Don Lope de Sosa.

Es el escrito que guarda el mayor de los secretos, pocas veces desvelado hasta su llegada, donde se nos indica lugar de la celebración del evento, acrecentado en la presente ocasión por saber quien la servirá, toda vez que Antonio Molina, que por tantos años lo hizo, se ha jubilado.

Y como quiera que tengo contraído compromiso con mis confraternos, de narrarles la vida y milagros del antes mentado Don Lope, versus el «Criado Portugués», el pasado sábado día 24 del antes mentado mes, encaminé mis pasos hacia el domicilio de ambos, procurando que mi llegada fuera coincidente con el toque de ánimas, hora mítica para los sanantonianos y de la que sabía que era la que Don Lope ponía como frontera para retirarse a descansar.

Es tarde serena, se aprecia cómo anochece antes del recién ido verano y aunque días atrás ha llovido, no lo ha hecho con la densidad e intensidad necesaria para paliar la sequía que a todos nos tiene preocupados por la falta de agua.

A este respecto, los entendidos en cabañuelas andan pronosticando un otoño seco, así como parte del invierno, augurando que las lluvias nos visitarán por enero.

A la memoria le viene a este relator los años infantiles donde las sequías hacían estragos en la agricultura, no tan mecanizada como ahora, lo que llevaba el paro y el hambre a muchos hogares de trabajadores que de ella vivían, habiendo leído y oído que, en ocasiones y para paliar tales carencias, se abrían comedores para atender las necesidades más perentorias, como era la falta de comida.

Recuerdo salidas de imágenes impetrando la tan necesaria lluvia aún recuerdo por aquellos entonces nadie hablaba del cambio climático, cosa que siempre ha ocurrido, con la polución o sin ella. No olvidemos que gran parte de Europa sufrió una glaciación y que los mamuts pastaron por Siberia.

Con estas y otras disquisiciones, que me pueden poner al borde de la excomunión por parte de los científicos, me vi ante la puerta de la morada de Don Lope.

Ocurrió que, antes de poner el pie en el portal, se abrió la puerta accesoria a la vivienda y apareció el «Criado Portugués» dispuesto a echar cerrojos y retrancas en la principal.

Recordé el compromiso adquirido en mi anterior visita y un tanto mohíno por no poder dar cumplimiento a su palabra, me indicó que era mal momento para que la tal acordada entrevista tuviera su celebración, pues era noche en que su señor cómodamente sentado en el sillón al que ya hice referencia, calados los quevedos, se disponía a contemplar el espectáculo que la televisión ofrece a tales horas, consistente en apariciones y bailes donde esculturales señoritas provistas de escasas ropas, y a veces sin prácticamente ninguna, realizan en los diferentes escenarios.

Me indicó que, aunque Don Lope ya no está para trotes amorosos, hace bueno el refrán de que «quien tuvo, retuvo», lo que se nota en los nervios retorcimientos que hace en su poblado y ya ¡ay! cano mostacho, cada vez que la cámara enfoca con detalle a determinada bailarina.

En tales noches del sábado, Don Lope se retira tarde, por lo que al día siguiente, domingo, retrasa la hora de ponerse en pie, lo que hace sobre las doce. Se atea, toma un parco desayuno y se desplaza a la Iglesia Mayor a oír, eso sí, con toda devoción, la Santa Misa.

Terminada la cual, con pausado caminar, emboca la calle de Turronería y, a través del Arco del Consuelo, hace su entrada en la ya más

que centenaria taberna de «Gorrión», donde con algún conocido, trasiega un par de vasos de vino de los de mayor calado de su muy acreditada bodega, rumía como puede unas rosquillas y se echa al colete una cumplida ración de queso añejo.

Esto acabado, emprende la dirección de su domicilio, a donde acostumbra a llegar sobre las dos de la tarde, come y da unas cuantas cabezadas en su sillón. Que Don Lope es persona de moderadas y metódicas costumbres...

Y como quiera que no era bueno contarme la historia de su señor en su presencia, me citaba para el domingo sobre las ocho de la mañana de forma y manera que, para cuando el dicho Don Lope se levantara requiriendo sus servicios, gran parte de esta historia estuviera contada.

Con tal promesa, emprendí camino de regreso a mi domicilio al tiempo de resonar en la calle el correr de cerrojos, el girar de la llave y el afianzar de retrancas, quedando la casa de Don Lope inexpugnable para quien osara entrar en ella.

Al siguiente domingo y a la hora acordada, el «Criado Portugués», apostado a la entrada, me acogía con todo miramiento.

Empecé por decirle que, una vez más, el Prioste llevó a sus hues-tes a un sitio extraordinario para celebrar la «cena jocosa»; que la misma transcurrió de forma brillante y que por Don Natalio Rivas, recibimos toda clase de atenciones, amén de haber hecho el viaje sin ningún tipo de incidencia. En una palabra, que todo se desarrolló, como no podía ser menos, de manera que todos los asistentes acabáramos, como siempre, satisfechos.

Me encargó diera al Prioste sus noragüenas y parabienes, cosa que él, personalmente, haría cuando el dicho Prioste rindiera su anual visita a su señor Don Lope para la venidera cita.

Y acomodándose en el sillón tantas veces citado, empezó a desgranar sus recuerdos de más o menos este tenor.

«Sepa vuestra merced, que mi señor ha tiempo que castellanizó su apellido, cambiando el aristocrático Sousa por el de Sosa.

Antes de explicaros el por qué, he de advertiros que pertenecía a familia de muy reconocido linaje, siendo descendiente directo de un vi-rey que el rey de Portugal envió a Brasil, donde al tiempo de dar lustre



¿Pudo ser
Don Lope?

gos, salvo honrosas y muy escasas excepciones, se comportan de forma muy distinta al título que les ha venido por herencia. El de noble.

No es este el caso de mi señor, que siempre ha tenido muy presente tanto el apellido que lleva -y que tuvo que alterar- como la defensa de sus blasones, que aunque no pudo hacerlos valer por causas que luego contaré, nunca hizo nada que supusiera desdoro para los mismos, que las persecuciones y los lances en que se vio metido, ni las originó ni los buscó. Simplemente, se vio inmerso en ellos por causas muy ajenas a su voluntad.

Mi señor, al que todavía no habéis conocido, es y era, de estatura proporcionada, más bien tirando a alto, un rostro varonil y agraciado, donde destacaba un rubio mostacho, al igual que su cabellera, una voz

a sus blasones y aún cuando ya era de natural rico, por haberlo heredado de sus ascendientes, el susodicho cargo llevó aparejado un mayor enriquecimiento, lo que convirtió a la familia Sousa en los más ricos de la nación, que a ningún cojo se le olvida las muletas.

Sabido es, y la historia de buenas e irrefutables pruebas de ello, que fueron muchos los nobles que, disponiendo de vasallos, los aprestaban a guerras y luchas intestinas y mientras los tales vasallos perdían sus miserables vidas, ellos detentaban extensos territorios donde imponer alcabalas, ejercer el derecho de pernada y labrar inmensas posesiones, las que han ido transmitiendo de generación en generación.

Lo anterior, no es privativo de una sola nación, todas vez que la llamada nobleza se extiende por toda Europa, contemplando con asombro cómo sus actuales vástagos,

bien timbrada, siempre vestido de caros y elegantes trajes, amén de sus veinte años, hacía de él el oscuro objeto de deseo de encumbradas damas, con la mayoría de las cuales mantuvo relaciones extramaritales, lo que le ocasionó el enojo de muchos cornudos, los que sin embargo se guardaron muy mucho de hacerlo patente. Unos, por disimulo y los más por temor a su toledana pues era de todos bien sabido que la manejaba con soltura y mucha eficacia.

El habernos criado juntos desde la infancia y el llevarle yo algo más de dos años, hacía que soportara mis admoniciones sin rechistar, admitiendo que no estaba bien lo que hacía en el terreno amoroso, pero aduciendo, en su descargo, razones que, a mi entender, lo exculpaban. Decía «Si una dama, que desde luego ha de ser bien parecida, tiende sus redes hacia mi persona, no he de ser yo quien rechace su ofrecimiento, antes de ser ella la que, teniendo en cuenta su condición de casada, ha de abstenerse de protagonizar ciertos arrumacos e insinuaciones que harían perder la cabeza a cualquier varón que por tal se tuviera.

Nunca puse asedio a soltera o dama recatada, pero sí atacué a fondo a toda la que me comprometió.

En ello, no tuve el menor escrúpulo, pues como antes dije, eran ellas las que tenían que mirar por la honra de sus maridos, no yo.

Por otra parte, y de no hacerlo así, hubiera ganado fama de invertido y eso no ¡voto a bríos! Antes condeno mi alma al fuego eterno que pasar por tal.»

En tales andanzas, pasaba su tiempo. De aquí me salgo, allí me meto y entre visita y visita, alguna que otra parada en taberna donde vaciar unos bien llenados vasos de excelente vino, al tiempo de comentar con los amigos las incidencias del día, pero eso sí; nunca dijo a nadie, ni tan siquiera a mí, los lechos que iba hoyando, que siempre dejó a salvo las honras de sus amantes y si algo se sabía, más era por indiscreciones de ellas que por boca de mi señor, que al respecto era como una tumba.

Y llegó el maldito día en que todo comenzó.

Salía Don Lope pisando fuerte como solía hacer, pues gustaba de escuchar el tintineo de sus doradas espuelas, cuando a un metro escaso de nuestra vivienda se vio sorprendido por un fuerte temblor de tierra. Su reacción fue la de decir a viva voz: «Non tembles terra, que nonte fago nada», dando a continuación grandes risotadas al tiempo de apretar sus puños contra los ijares.

Cualquier físico de los de ahora, que entienden de cosas que pasan por el cerebro y de tan enrevesado nombre, hubiera dictaminado que tal reacción era más bien producto del miedo que de valentía.

Pero no lo entiendo así un individuo perteneciente a familia de alta cuna pero de muy bajos instintos que, arrodillado en el empedrado suelo, daba grandes voces impetrando el perdón divino para sus pecados y prometiendo grande cantidad de misas en acción de gracias si salía con bien de tan tremendo trance.

Para colmo de males, además de su pertenencia a familia influyente, amén de rica, su esposa era una de las más visitadas por mi señor, por lo que unía, a su condición de manso, la de poseer muy malos sentimientos, como antes queda dicho.

Y por si fuera poco, gozaba de influencia en escalones cercanos al trono, donde precisamente Don Lope no contaba con ninguna, pues era de todos bien sabido, que no gustaba de inclinar la cerviz ante ninguno de aquellos paniaguados, a alguno de los cuales, tenía bien adornados.

Pasado el susto ocasionado por el terremoto, acercóse a denunciar a mi señor al Santo Oficio, aduciendo que Don Lope, a su impetrar por el cese de la cólera divina, oponía burlas a su piedad, al tiempo de reírse de sus creencias.

Todo esto, mientras Don Lope entraba en cercana iglesia y, devotamente, daba gracias al Altísimo por haberlo conservado sano y salvo.

Después, y como era su costumbre, recaló en taberna, charló con los amigos, vació un par de jarros de vino antes de aprestarse a ir a consolar a una o dos damas a las que quitarles el sofoco pasado.

En las covachuelas del Santo Oficio, yo tenía un pariente algo lejano con el que siempre hice muy buenas migas.

Teníamos por costumbre encontrarnos con relativa frecuencia en tabernas donde trasegábamos algunas jarras de vino, siendo yo el que aflojaba la bolsa, que nunca tuve que rendir cuentas ante mi señor que era y sigue siendo muy liberal y está por ver que haya fiscalizado mis gastos, que en ello es muy mirado.

El dicho pariente, por ser amanuense de muy buena letra y muy entendido en el redactar de infolios, recibía de forma preferente los mandamientos para instruir causas contra personas principales, de ahí que fuera el encargado de redactar la que encausaba a mi señor.

Buscome por todos los sitios que yo solía frecuentar y en dando conmigo, me explicó de forma apresurada, el grave aprieto en el que nos encontrábamos.

Pedirle que demorara el asunto, so pretexto de que estaba enfrascado en otros casos, por al menos dos días, a lo que me contestó que ello sería posible.

Busqué y encontré a mi señor Don Lope, junto a un grupo de amigos, antes de dar inicio a su ronda amorosa.

Hice con él un aparte y en explicándole lo que se nos venía encima, me dio instrucciones de preparar los cuatro mejores caballos de sus bien surtidas cuadras, así como provisiones de boca y todo el dinero que en la casa hubiera, que él se encargaría del resto.

Ante mi desesperación, siguió de cháchara con sus amigos, todos gente muy principal, comentando las incidencias ocurridas durante el pasado terremoto y poco después, como si nada sucediera, fuese a ver a alguna de sus amantes.

Sobre las dos de la tarde, como es costumbre en él, llegó a nuestra morada y enviome en busca de un tal Duarte, judío converso que administraba con gran eficacia y entera lealtad, los cuantiosos bienes que Don Lope le tenía confiados.

Con pasmosa rapidez, el palacio de mi señor, con todas sus pertenencias amén de fincas, pasaron, mediante documentos privados a personas interpuestas. Tiempo después, todo sería vendido y el dinero, enviado a Don Lope.

En cuanto al mucho oro que tenía depositado en la banca del antes mentado Duarte, fue transferido, mediante documento, a un colega radicado en Madrid que era de toda confianza, de donde o bien podríamos retirarlo o dejarlo a él confiado, advirtiéndole que era mejor lo primero, borrando así las pistas, depositándolo en otro banco cuyo nombre, bajo mano, entregó a mi señor.

Todo ello, ocurrido en mi presencia, me dejó maravillado por la forma en que desaparecieron extensas fincas, el magnífico palacio en el que vivíamos, así como gran cantidad de dinero.

Por la tarde y con toda naturalidad, Don Lope se acercó al muelle de Lisboa y encargó dos pasajes al capitán de un barco que hacía la

travesía con carga y pasajeros a Brasil, explicándole que tenía previsto visitar las posesiones que allí tenía. Posesiones que, en honor a la verdad, ya no eran suyas, pues documentalmente había sido embargadas por Duarte para resarcirse de unos préstamos ficticios.

Yo, entretanto, había ido en busca de un capitán encargado aquella noche de guardar las puertas que cerraban las murallas de Lisboa.

Era gran amigo de Don Lope, compañero de francachelas y perteneciente a la baja nobleza.

Maravilloso de la faena que le quería hacer y prometió que, aquella madrugada, uno de los portillos sería franco para nuestra huida.

Vuelto a casa, puse buen pienso a los caballos elegidos: un alazán cuatralbo y hociblanco que pasaba por ser el más veloz de Portugal y que yo diría, sin temor a equivocarme, que de la península, que sería montado por mi señor, un bayo que no le iba muy a la zaga para mí y dos de capa tan negra como la noche, que serían los encargados de llevar la impedimenta.

Sobre media tarde, poco más o menos, partía con rumbo a Brasil el barco donde mi señor había reservado pasaje.

Como una hora antes, un elegante caballero, embozado en capa de buen paño, cubierto por airoso chambergo que le tapaba hasta la mitad de la cara, calzando altas botas en las que relucían brillantes y doradas espuelas, paseaba a la vista de todos con mesurado paso, siguiéndole, a prudente distancia, un criado vestido con los colores de la casa de Sousa, el cual portaba bajo el brazo un cofre de los utilizados para guardar joyas o dinero.

Ni que decir tiene que tanto el embozado como el criado, pertenecían al servicio de Don Lope, teniendo por mandato ir al Brasil embarcándose en el ya citado velero y dar la impresión de que era Don Lope el que emprendía la travesía.

En cuanto a nosotros, sobre la una de la madrugada, con los cascos de los caballos envueltos en trapos y llevados de reata, salíamos en busca del ante mentado capitán de puertas, quien después de un prolongado abrazo a mi señor y un suave posar de su mano sobre su hombro, recomendándome cuidara de él, nos dejó fuera del recinto amurallado que cercaba a Lisboa.

Era una madrugada asaz fría.

La niebla, pegada a la tierra, apenas dejaba entrever dos pasos por delante de nosotros.

Por los ollares de los caballos, se escapaban vaharadas de vapor y tanto mi amo, como yo, caminábamos agachados procurando poner los pies sobre terreno firme, desechando el temor de que se nos pudiera avistar desde las murallas, gracias a la espesura de la niebla.

Cuando consideramos que habíamos dejado muy atrás las antes dichas murallas, quité los trapos que envolvían los cascos de los caballos y, trotinando, emprendimos viaje con dirección a España.

Por mi mente, como estoy seguro debióle de ocurrir a mi amo, pasaron mil y un recuerdos de una vida que dejaba atrás, una vida regada, pues mi única misión era la de estar cerca de mi señor, atendiéndole en todo cuanto de mí necesitara, amén de llevar la administración en todo lo que concernía a la común vivienda, ignorando por tanto, lo que me podría deparar lo por venir.

Ello, en el terreno de lo material, ya que en el sentimental, no se me escapaba de que estaba huyendo como vulgar criminal, de mi muy querida patria.

Sentía lástima por mí, pero se acrecentaba mi pesar al reparar en mi señor. Él, personaje tan principal, noble por condición y naturaleza, que no había hecho mal a nadie, salía de forma humillante de un país al que tanto amaba, doliéndome, en los entresijos del alma, el qué dirán de las gentes sobre su conducta.

Pero es que tenía la seguridad de que sería enjuiciado y condenado, por que si bien sería acusado de blasfemo, no era menos cierto que todos sus bienes, por tal condena, pasarían a manos interesadas en repartirse tan cuantioso patrimonio, por lo que la condena estaba prácticamente asegurada.

Cada uno de sus pensares y pesares, portando en las fajas unas bien cebadas pistolas, por lo que el destino pudiera depararnos, ignorando los caminos principales, transitando por abruptos terrenos, al par que procurábamos ocultarnos de las gentes, buscábamos acomodo -cuando lo encontrábamos- en ignoradas y aisladas viviendas de gentes humildes, donde no era nada fácil la llegada de ningún tipo de requisitoria que atañera a nuestras personas. Así llegamos al reino de las españes.

En aquel punto estábamos, cuando entramos sentimos el lejano repicar de una campanilla.

Ello oído y como impulsado por un resorte, púsose en pie el «Criado Portugués», aprestándose a acudir a la llamada de su señor.

Presentóme disculpas por no poder acompañar y despedirme educadamente, como es de uso y costumbre en él, pero Don Lope lo requería y eso era lo que importaba en aquel momento.

Recomendándome que a mi salida fuera dejando todas las puertas cerradas, rogando, una vez más, lo disculpara, me dio cita para el próximo mes de octubre, último de sus domingos y a la misma hora, dicho lo cual, y a toda velocidad que le permitían sus cansadas piernas, emprendió camino rumbo a las habitaciones en donde Don Lope se aprestaba a dar comienzo a nuevo día.

Por mi parte, considerando que no debo de importunar más con tan extenso relato, dejo para próximo encuentro lo que en la venidera ocasión ha de contarme el «Criado Portugués», si de ello es Dios servido.

Hasta entonces, que Él os guarde.



El Canjorro

JUAN ESPINILLA LAVÍN

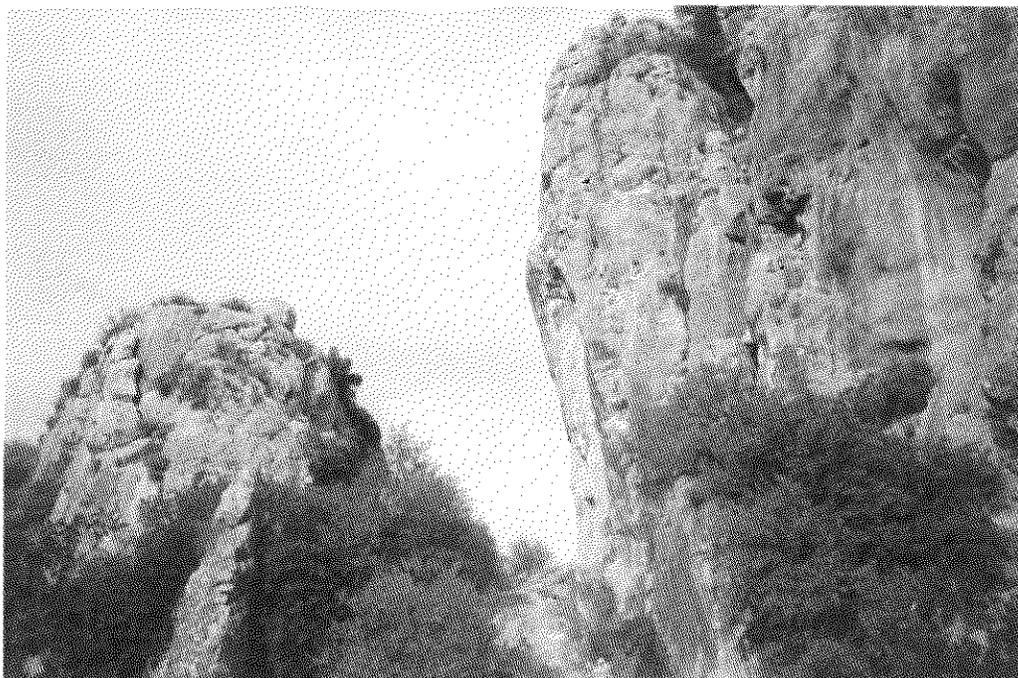


Jaén tiene muchos parajes naturales de extraordinaria belleza; agreste, serenos, inquietantes, mágicos..., y uno de ellos es El Canjorro. Este lugar se encuentra en el final de las Peñas de Castro, mirando desde Jaén, cuando descienden hacia los Cañones Altos del Puente de la Sierra, por donde discurre el Río Frío. Me gusta sobremanera este sitio por la paz que en él se percibe, por sus formas geológicas, por las vistas aéreas, por el silencio y quietud que lo ambienta. Se accede por el carril asfaltado que hay a la derecha, pasado el arroyo Valparaíso, y se denomina de Pedro Codes (este nombre es una deformación del original Pedro el Cruel).

Mi afición Montañera me ha llevado muchas veces a esta zona, tan rica en restos prehistóricos, bien sólo o acompañado. Me agrada enseñar a mis amigos las pinturas rupestres que hay en los farallones del río. Allí está La Diosa, que parece ingrávida, las del Poyo Bernabé, zizagueantes, y otras de más difícil acceso.

El Canjorro se encuentra a unos 200 metros de la casería de Pedro el Cruel, o de Coello, en dirección hacia Los Villares. Es un núcleo pétreo cortado por un pasillo que se ensancha en el centro para formar una plazoleta, y continúa hasta salir a una pequeña planicie, desde la que se divisa el cerro de Jabalcuz, la cuenca de Los Villares y todo su entorno montañoso.

En la roqueda de la izquierda hay unos restos pétreos muy interesantes: una piedra cortada en semicírculo y otras talladas rectangulares y en triángulo. Parece como si hubieran pertenecido a un pequeño templo o santuario, cosa que no sería extraña porque existen otras labo-



Núcleo central. Pared a la derecha donde hacen prácticas de escalada, y donde se supone está la entrada a otro mundo de otra dimensión o, mejor dicho, a otra vibración

res megalíticas en la zona, como, por ejemplo, una gran piedra con sonido de campana que se halla en la parte sureste, y una piedra oscilante que aún no he podido localizar. Estos bloques tenían funciones de comunicación con otros pueblos; facultades curativas por medio del sonido, y otras para facilitar la comunicación con entidades espirituales, como dicen algunos autores. Todo este conjunto mágico del Canjorro parece como si estuviera delimitado por unos pináculos de rocas puntiagudas, a modo de marcación o aviso, que, aunque son naturales, me imagino que fueron puestos adrede por unos seres fabulosos.

Cerca de los restos de piedra cortada se encuentra una de las tres entradas, ésta es de chimenea, al Complejo Cavernícola que se ubica en sus entrañas. La denominan Sima de la Encantada, por las leyendas que se cuentan de ella. Estas leyendas están recogidas por el historiador local Miguel Moreno Jara.

Bajando un poco más se llega al borde del profundo barranco escarpado del río. Me atrae asomarme al precipicio. Se me coge un pellizco en la boca del estómago, casi de vértigo, pero sigo mirando hacia

abajo. El graznido de las grajillas que vuelan por el cañón me hace levantar la vista. Sigo sus giros. Más arriba, en otro espacio, veo la silueta señorial de un águila. Su vuelo majestuoso me impresiona, me atrae, me hechiza. Es un día primaveral, gusta estar al sol así que me acomodo en la roca para contemplar tranquilamente sus evoluciones. Poco a poco mis pulsos se sosiegan; voy entrando en estado de relajación mientras sigo sus planteamientos. Sin saber cómo estoy viendo los mismos paisajes, las honduras, las aves que a distintos niveles surcan el espacio. Ya no tengo vértigo, ya se me ha ido el pellizco que atenazaba mi estómago. Placenteramente estoy suspendido en el aire y por él me desplazo llenando mis ojos de colores, de forma, de luz, de vida. Así me encontraba cuando divisé a una persona cerca del peñascal. Lentamente volví a recuperar la consciencia del lugar donde me hallaba. Me levanto y fui a su encuentro.



Uno de los muchos pináculos inquietantes

Este señor dijo llamarse Eduardo. Tenía verdadera pasión por la botánica. Decía que, como las personas, cada árbol, hierba, flor, etc., tiene su misión por muy humilde que sea. Todo el reino vegetal está puesto al servicio del hombre, para alimentarlo, para curarlo, para recrearlo..., en nosotros está saber de sus propiedades. Llevaba una bolsa en la que guardaba las plantas de su interés para luego cultivarlas en su casa. Para no dañarlas las cortaba con una navajita, que me enseñó, con sus iniciales grabadas, E.G. Era un amante de la Naturaleza como pocos he conocido. Hablamos mucho tiempo de las maravillas de la Creación. Comentamos de la belleza espiritual de algunos paisajes y llegamos, ¡cómo no!, a la singularidad del paraje en que nos encontrábamos.

Poniendo más énfasis en sus palabras me dijo que aquel sitio era mágico. Noté que quería hacerme partícipe de algún secreto, y así fue. La historia que me contó, con cambiantes estados de ánimo, más o menos es como sigue:

«Un día de primavera estaba observando el labelo aterciopelado, púrpura, de una orquídea silvestre cuando vi unas ramitas moverse. Me acerco y descubro un jilguero trémulo, con un ala semiabierta. Presto lo cojo para auxiliarle.- Observo que no tenía nada roto.- Le di calor con mis manos deseando que se pusiera bien.- Ya tranquila la avecita la deposito con todo cuidado sobre una piedra para que pudiera echar a volar.- De pronto comenzó a brillar, a perder su forma, su corporeidad, y delante de mis ojos se transformó en una bellísima y menuda jovencita.- ¡Increíble! ¿Estaría soñando? Con una sonrisa cautivadora me dijo que era verdad lo que estaba viendo; que ella pertenecía a otro plano de existencia tan real como el mío, y que para premiar mi buen corazón y respeto a la naturaleza me invitaba a que conociera su mundo.- Yo estaba asombrado.- Con un gracioso vuelo cogió unas primulas y me indicó que me las comiera.- Así lo hice.- Poco a poco el Canjorro empezó a cambiar.- Aquella pared por la que los escaladores hacían sus prácticas fue perdiendo su pétrea recidumbre.- Me envolvía un ambiente vaporoso, transparente.- La luz del día se matizaba para crear una atmósfera diáfana.- Sorprendido vi como la pared iba desapareciendo y en su lugar se dibujaba un paisaje profundo, con árboles, colinas y un pequeño poblado.- Me cogió de la mano y tiró de mí, «Vamos».- ¡Sorprendente!.- ¡Éramos de la misma estatura!.- Pasmado por lo que estaba sucediendo avanzamos hacia las viviendas.- «Estamos de fiesta.- Han venido las ninfas de Jaén, lo enanos del Puente Tablas, los gnomos de Giribaile, los duendes de Santa Ana y los elfos de Jabalcuz, todos con su séquito».- Efectivamente, allí se veía multitud de seres fantásticos de todas clases, seres que había conocido por relatos y otros que no sabía de su existencia.- Aquella diversidad de entidades, formas y colores me resulta difícil de describir.

Comienza un movimiento en aquel bullicio.- Suena música alegre y pegadiza.- La luna hace su aparición en el cielo.- Este río de gente se dirige a un prado cantando, saltando, riendo.- Allí forma corros bailando, bailando sin cesar.- Beben, ríen, gritan, cantan, juegan y siempre la música alegre, rítmica, contagiosa, llenando todo el ámbito, lo que te induce a danzar.

Mi hermosa y esbelta guía me tenía tan embelesado como el mundo en el que vivía.- ¿Cómo te llamas?- Soy la mujer que has presentado en tus sueños, en tus fantasías.- Me llamabas Flora, ¿te acuerdas?, soy la misma.

Entre risas y cantos hicimos corro con otras doncellas.- Bailamos, bebimos, reímos, jugamos hasta la extenuación.- Así estuvimos hasta que la luna comenzó a declinar.- Nos dejamos caer en el césped cansados.- Sería por el efecto de la bebida y del exceso de baile pues quedé profundamente dormido.

Cuando desperté todo había desaparecido a mi alrededor.- Me encontraba de nuevo en la placita del Canjorro.- Era de día.- ¿Me habría

quedado dormido y todo era un sueño?.- Mis ropas estaban algo desaliñadas.- ¿Sería por la danza de la noche anterior?- Me puse a buscar a mi amada Flora.- No encontré rastro alguno.- El muro pétreo no me permitía traspasarlo.- Las clavijas de los escaladores afirmaba su dureza.- En el lugar donde me desperté observé que la hierba estaba como aplastada en círculo ¿del baile?- Ante la imposibilidad de encontrar el umbral del mundo feérico en el que había estado me volví a casa.- Al integrarme en la vida normal descubrí con sorpresa que ¡había transcurrido una semana! ¡Pero si fue la excursión del domingo!

Desde ese día vengo a este lugar muchas veces con la ilusión de encontrarme con mi querida Flora.- Ya no deseo otra cosa que volver con ella a aquel mundo de fantasía donde todo era alegría, juventud, belleza, diversión...».

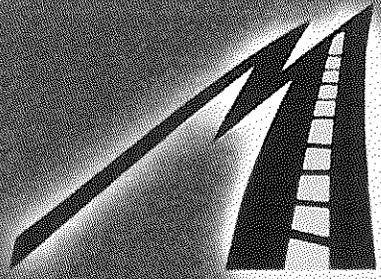
Este relato me impresionó.- Balbucí algún comentario... era mejor callar.- Me despedí de él y me volví cabizbajo a Jaén.- Ya no lo he vuelto a ver más.

Yo seguía con mis excursiones por este paraje.- Por lo que le pasó a mi conocido llevaba la atención más despierta por si percibía algo distinto a lo normal.

Un día, explorando las grietas y callejas de este extraordinario lugar, me fijé en un objeto brillante en el suelo, lo cojo y mi sorpresa fue mayúscula. ¡Una navajita con letras grabadas, E.G.!

¿Lograría mi amigo encontrar la entrada al País de las Hadas?



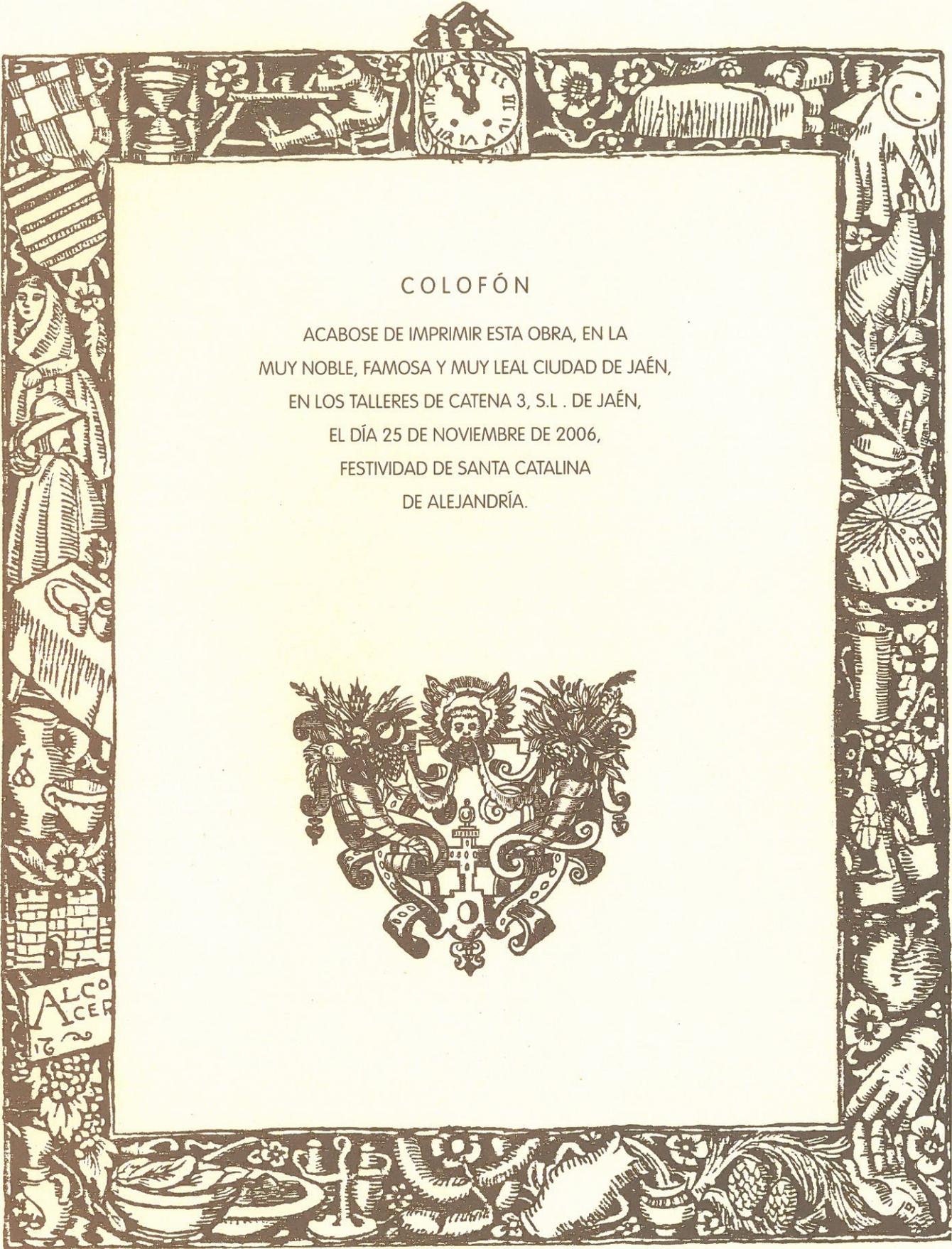


PAVIMENTACIONES
MORALES, S.L.

Conservación de Carreteras
Obras de Tratamiento Ambiental
Urbanizaciones
Obras Hidráulicas
Pistas Deportivas
Obras Complementarias

C/ Ronda de los Olivares, s/n
Parcela 12-26. 23009 - JAÉN
Telf: 953 280 092. Fax: 953 280 904

www.pavmorales.com / e-mail: pavmorales@pavmorales.com



COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA
MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE CATENA 3, S.L. DE JAÉN,
EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 2006,
FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA.



ALCO
ACER
17



25
Noviembre
2005